



TOM
SAWYER
DETECTIVE

M a r k T w a i n

Mark Twain

TOM SAWYER, DETECTIVE

Mark Twain / Tom Sawyer, Detective

Colección Literatura

Plan Nacional de Lectura y Escritura

© Ministerio de Educación, 2016

Primera edición, Bogotá, junio de 2016

Juan Manuel Santos Calderón **Presidente de la República**

Gina Parody d'Echeona **Ministra de Educación Nacional**

Víctor Javier Saavedra Mercado **Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media**

Ana Bolena Escobar Escobar **Directora de Calidad para la Educación Preescolar, Básica y Media**

Paola Trujillo Pulido **Subdirectora de Fomento de Competencias**

Silvia Prada **Gerente del Plan Nacional de Lectura y Escritura**

Coordinación editorial: Equipo pedagógico del PNLE

Diseño y diagramación: **VIDA GLOBAL S.A.**

ISBN 978-987-34-2193-8

Las opiniones y expresiones de los autores no reflejan necesariamente las del Ministerio de Educación Nacional.

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o tecnología, siempre que se den los créditos correspondientes al autor y al Ministerio de Educación Nacional.

TOM SAWYER, DETECTIVE

CAPÍTULO I

Una invitación para Tom y Huck

Lo que sigue sucedió durante la primavera siguiente, después de que Tom Sawyer y yo liberáramos al esclavo negro Jim, quien, tras haber huido, estaba encadenado en la finca de Silas, el tío de Tom, en Arkansas. El hielo se derretía; el período en que uno podía andar descalzo estaba cada vez más próximo. Luego, llegaría la época de las canicas; más tarde, el boliche, la peonza, los aros y las cometas... Y, después, vendría el verano y podríamos ir a nadar. No hay chico que no se entristezca al mirar hacia delante y calcular cuánto tiempo falta todavía para que llegue el verano. Sí, a uno le da por suspirar y ponerse melancólico, sin saber muy bien el porqué. Uno se vuelve pensativo y solitario; se aficiona a visitar algún rincón desolado, en lo alto de algún monte o en la linde de algún bosque, un lugar desde el que se pueda contemplar cómo el gran Misisipí se extiende durante kilómetros y kilómetros, y viaja hasta allí donde los bosques se ven distantes y borrosos; allí, todo parece tan lejano, quieto y solemne, que uno pensaría que todos los seres queridos han pasado a mejor vida y uno casi desea morir, para acabar de una vez.

¿Sabéis a lo que me refiero? Es la fiebre de la primavera. Así se llama. Cuando se padece, uno no sabe bien qué es lo que quiere y, sin embargo, el corazón duele de tanto anhelo. Uno querría marcharse, irse lejos de las cosas viejas y aburridas que se ven todos los días y de las cuales uno ya está harto. Ésa es la idea. A uno le gustaría convertirse en vagabundo y recorrer países extraños, donde todo es misterioso y romántico. Como eso no se puede hacer, uno se contentaría con bastante menos: con irse a cualquier parte, uno se daría por satisfecho.

Bueno, pues Tom Sawyer y yo padecíamos la fiebre de la primavera. Con todo, no

había que pensar en que Tom se marchara, porque, como él mismo decía, tía Polly jamás le permitiría faltar a la escuela, y andar vagabundeando y perdiendo el tiempo como durante el verano; la verdad era que nos sentíamos bastante desgraciados. Un día que estábamos sentados en los escalones, charlando de estas cosas, tía Polly salió de casa, con una carta en la mano.

—Tom —dijo—. Me temo que tendrás que hacer la maleta y salir hacia Arkansas. Tía Sally te reclama.

Loco de alegría, esperé que Tom saltara al cuello de su tía, para ahogarla con besos y abrazos. Pero, por increíble que parezca, él continuó sentado como un pasmarote, sin decir nada. Me dio mucha rabia verle así, portándose como un estúpido, ante esa oportunidad inmejorable recién caída del cielo. Era una ocasión que, ¿quién sabía?, a lo mejor se iría al garete, si él no mostraba el debido entusiasmo. Él seguía sentado, con aire pensativo. No sabía qué hacer. Finalmente, Tom respondió con un tono tan calmado, que me dieron ganas de matarle:

—Lo siento, tía Polly, pero creo que me tendrás que excusar por el momento.

Tía Polly se quedó tan extrañada y furiosa ante esa fría impertinencia que, durante medio minuto, fue incapaz de articular palabra, momento que aproveché para darle un codazo a Tom y murmurar:

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo puedes rechazar una oportunidad tan estupenda? Sin perder la calma, me respondió en voz baja:

—Huck Finn, lo mejor es que ella no se dé cuenta de las ganas que tengo de marcharme. De esa manera, no tendrá dudas ni empezará a imaginar peligros y

enfermedades, antes de volverse atrás. Tú déjame hacer, que yo ya sé cómo manejarla.

Éste era un punto en el que yo no había pensado. Tom Sawyer siempre tenía razón. La suya era la cabeza más equilibrada que haya conocido; siempre estaba en guardia y preparada para afrontar cualquier eventualidad. Recobrada de su sorpresa, tía Polly respondió:

—¡Excusarte! ¡En la vida he oído cosa igual! ¿Cómo te atreves a hablarme así? Ve ahora mismo a hacer el equipaje; si vuelves a hablarme de excusas, yo misma me encargará de excusarte a ti... ¡a garrotazo limpio!

Tía Sally le soltó una buena colleja con el dedal. Mientras enfilábamos la escalera, Tom siguió quejándose en voz baja. Al llegar a su cuarto, me abrazó, loco de alegría, ante la perspectiva del viaje.

—Antes de que nos pongamos en camino, ya se habrá arrepentido de su decisión. Pero ya no habrá vuelta de hoja. Después de lo que me ha dicho, su amor propio no le permitirá volverse atrás.

Tom preparó todas sus cosas en diez minutos, todas excepto aquéllas que tenían que ser preparadas por Mary y su tía. A continuación, aguardamos otros diez minutos, para que a ésta se le pasara el enfado. Según Tom, tía Polly necesitaba diez minutos para recuperar el buen humor, cuando el enfado era pequeño; y veinte, cuando el enojo era importante, como sucedía ahora. Por fin, bajamos, muertos de curiosidad por conocer el contenido de la carta.

Tía Polly estaba sentada en una butaca marrón, con la carta sobre el regazo. Al

acomodarnos junto a ella, declaró:

—El caso es que allí andan muy preocupados y piensan que, a lo mejor, Huck y tú les podríais servir de distracción o de consuelo, según sus propias palabras. Es posible que no anden tan desencaminados. Parece que un vecino suyo, un tal Brace Dunlap, lleva tres meses insistiendo en casarse con la pequeña Benny. Cuando, por fin, le han dicho que nada de eso, el tal Dunlap se ha puesto rabioso, cosa que les preocupa. Yo diría que piensan que es preferible estar a buenas con él; para ello, han intentado congraciarse, tomando al hermano a su servicio, quien, por lo visto, no sirve para nada. Lo peor del asunto es que apenas pueden pagarle.

—¿Quiénes son esos Dunlap?

—Una familia que vive a kilómetro y medio de la finca de tío Silas. Por esa zona, los granjeros están separados, aproximadamente, por esa distancia. Brace Dunlap es, con diferencia, el más rico de todos; entre otras cosas, posee un gran número de negros. Es un viudo de treinta y seis años, no tiene hijos y está muy orgulloso de su fortuna. Impertinente en extremo, todo el mundo le tiene miedo. No cabe la menor duda: Brace estaba convencido de que podría elegir a la muchacha que quisiera, así que le habrá contrariado en extremo el no haber podido conseguir a Benny. Benny tiene la mitad de edad que él, y ya sabes lo dulce y amable que es. ¡Pobre tío Silas! Es pobre y encima tiene que emplear a ese inútil de Júpiter Dunlap, para que el soberbio de su hermano no se irrite demasiado. Resulta muy penoso que se vea obligado a congraciarse con él de ese modo.

—¡Vaya un nombre! ¿Júpiter? ¿De dónde lo han sacado?

—No es más que un apodo. Hace ya mucho que se olvidaron de su verdadero

nombre. Tiene veintisiete años y le llaman así desde la primera vez que le llevaron a nadar. Según parece, su maestro se fijó en una mancha del tamaño de una moneda de diez centavos que tiene en la pierna derecha. La tiene justo encima de la rodilla y está rodeada por otras cuatro pequeñas manchas. Al verlo así, desnudo, el maestro comentó que aquello le recordaba a Júpiter y a sus satélites; la ocurrencia le hizo tanta gracia a los demás chicos, que todos empezaron a llamarle de ese modo. Júpiter es tan alto como holgazán y tan listillo como cobarde; sin embargo, en el fondo, no es un mal chico. Lleva el pelo castaño y muy largo. No tiene ni barba ni dinero. Brace le alberga gratis en su casa, le regala sus ropas usadas y le mira con el mayor de los desprecios. Por cierto, Júpiter es hermano gemelo.

—Y, ¿cómo es el otro hermano?

—Según dicen, idéntico a él, aunque nadie le ha visto desde hace siete años. Cuando tenía diecinueve o veinte años, le dio por robar y, muy pronto, acabó en la cárcel. Tras fugarse, se largó hacia el norte. Durante un tiempo, se rumoreó que robaba y desvalijaba casas, pero de eso hace ya mucho tiempo. Últimamente, corre la voz de que ha muerto, ya que nada se ha vuelto a saber de él.

—¿Cuál era su nombre?

—Jake.

Se produjo una pausa, durante la cual tía Polly se quedó pensativa. Pasados unos instantes, añadió:

—Tía Sally está muy preocupada por los disgustos que Júpiter le ocasiona a tu tío. Tom se quedó tan sorprendido como yo.

—Tío Silas, ¿enfadado? —objetó Tom—. No me lo puedo creer.

—Según tía Sally, ese Júpiter le saca de sus casillas hasta el punto de que, a veces, sería capaz de ponerle la mano encima.

—Tía Polly, eso parece difícil de creer. ¡Con el buen carácter que tiene!

—Sea como sea, tía Sally está muy preocupada. Según dice, tío Silas está muy cambiado, debido a todos estos disgustos. Los vecinos no dejan de murmurar y echarle las culpas; como es predicador, se supone que no debería reñir con nadie. Tía Sally dice que ya nunca quiere subir al púlpito, por la vergüenza que siente; todos se muestran bastante fríos con él y ya no le tienen la misma estima de antes.

—¡Qué raro!, tía Polly. El tío siempre se ha mostrado bueno y amable; es un verdadero ángel, con su acostumbrado aire abstraído. ¿Qué es lo que le habrá hecho cambiar de este modo?

CAPÍTULO II

Jake Dunlap

La verdad es que tuvimos mucha suerte, pues conseguimos embarcarnos en un barco de ruedas que venía del norte y que se dirigía a uno de esos bayous de Luisiana; de esta forma, pudimos recorrer el alto y el bajo Misisipí, hasta la mismísima finca de Arkansas, sin necesidad de cambiar de barco en Sant Louis. Recorrimos, como mínimo, unos mil ochocientos kilómetros de una sola vez.

En el barco, que estaba medio vacío, sólo viajaban unos cuantos pasajeros ancianos, que se sentaban aparte y se pasaban el tiempo dormitando. Puesto que constantemente rozábamos el fondo, tardamos cuatro días en abandonar el tramo superior del río. Con todo, la cosa distaba de resultarnos aburrida; éramos muchachos y estábamos de viaje. Desde el primer día, Tom y yo pensamos que en el camarote vecino al nuestro viajaba algún enfermo, pues los camareros siempre le llevaban la comida. Cuando Tom se interesó al respecto, el camarero le explicó que el ocupante del camarote era un hombre que no tenía el aspecto de estar enfermo.

—¿Eso le parece? ¿Y si, realmente, lo estuviera?

—No sé; todo es posible, aunque a mí me parece que, simplemente, le gusta viajar tumbado en su camastro.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Si estuviera enfermo, se quitaría la ropa alguna vez, y este pasajero siempre está vestido. Además, jamás se separa de sus botas.

—¿Qué barbaridad! ¿Ni siquiera por las noches?

—Ni siquiera entonces.

Los misterios siempre habían fascinado a Tom Sawyer. Si nos dieran a elegir entre un misterio y una tarta, la elección sería fácil. Mientras mi naturaleza me empujaría a quedarme con la tarta, Tom se quedaría siempre con el misterio. Cada uno es diferente. Y más vale que así sea.

Tom le preguntó al camarero:

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Phillips.

—¿Dónde subió a bordo?

—Yo diría que en Alexandria, en el límite de Iowa.

—¿A qué cree que se dedica?

—Ni idea. La verdad es que no he pensado en ello.

En ese momento, me di cuenta de que estaba ante otra persona que también elegiría la tarta.

—¿Ha advertido alguna particularidad en su conducta o en su forma de hablar?

—No..., excepto que parece muy asustado. Día y noche, tiene la puerta y la ventana cerradas. Cuando llamas a la puerta, no te deja entrar, hasta haber abierto una rendija, para ver de quién se trata.

—¡Diablos! La cosa parece interesante... Me gustaría echarle un vistazo a ese personaje. Mire, la próxima vez que usted entre allí, a lo mejor puede dejar la puerta entornada para que...

—Olvidelo. Siempre está junto a la puerta. Tras un instante de reflexión, Tom aventuró:

—Tengo una idea: usted me presta el delantal, para que yo le entre el desayuno por la mañana. A cambio, le daré un cuarto de dólar.

El muchacho se mostró inclinado a aceptar, siempre que el primer camarero no se opusiera. Tom le tranquilizó, asegurándole que él mismo arreglaría las cosas con el primer camarero. Y así sucedió, en efecto. Tom lo arregló para que él y yo pudiéramos entrar vestidos con sendos delantales y bandeja en mano.

Tom, no durmió demasiado aquella noche., ansioso como estaba de entrar en el camarote y resolver el misterio que envolvía a Phillips. Mi amigo se pasó la noche haciendo cábalas, cosa que no le resultó de ninguna utilidad; cuando uno está a punto de conocer la verdad acerca de determinada cuestión, no tiene demasiado sentido ponerse a hacer cabalas. ¿Para qué fatigarse en vano? Por mi parte, no perdí ni un minuto de sueño. Los asuntos del tal Phillips ni me iban ni me venían.

A la mañana siguiente, nos pusimos los delantales y, bandeja en mano, llamamos a la puerta. Tras abrir una rendija, el hombre nos dejó entrar y cerró inmediatamente. Al ver su rostro, las bandejas casi se nos caen al suelo.

—¡No puede ser! ¡Júpiter Dunlap! ¿De dónde sale usted?

Tan anonadado se quedó nuestro hombre, que no supimos si lo que sentía era temor, alegría o ambas cosas a la vez. Cuando finalmente optó por alegrarse, el color volvió a sus pálidas facciones. Mientras entablábamos conversación, nuestro inesperado vecino comenzó a dar buena cuenta de su desayuno.

—No soy Júpiter Dunlap. Si me prometéis guardar el secreto, os revelaré mi verdadera identidad, porque tampoco me llamo Phillips.

—De acuerdo, le guardaremos el secreto —respondió Tom—, pero si no es usted Júpiter Dunlap, no hace falta que nos diga quién es.

—¿Qué quieres decir?

—Que si no es usted Júpiter, sólo puede tratarse de Jake, el otro gemelo.

—Muy bien, soy Jake. Pero, ¿qué sabéis vosotros de los Dunlap?

Tom le relató las aventuras que nos habían sucedido en casa de tío Silas, el verano anterior. Cuando aquel hombre se convenció, por fin, de que lo sabíamos todo con respecto a él y a su familia, abandonó su reserva y nos habló con toda confianza. De sí mismo, dijo que era un pillo, que siempre lo había sido y que siempre lo sería. Añadió que, por supuesto, se trataba de una existencia cargada de peligros y...

De pronto, soltó un gruñido y estiró el cuello en ademán de escuchar. Nosotros no pronunciamos ni una palabra, por lo que el silencio reinó en el camarote, durante uno o dos segundos. Lo único que se oía eran los crujidos del casco de madera y el rumor de las máquinas del barco.

Por fin, conseguimos tranquilizarle un poco habiéndole de su familia, de cómo la mujer de Brace había fallecido tres años atrás y de cómo éste pretendía casarse con Benny, sin éxito. Júpiter estaba empleado por tío Silas, con quien se pasaba el día discutiendo. Jake se echó a reír a carcajadas.

—¡Vaya! —exclamó—. Estos cotilleos me hacen sentir como en los viejos tiempos; la verdad es que uno se siente mejor. Han pasado ya siete años y no sabía nada de cuanto me estáis contando. ¿Qué es lo que dicen de mí?

—¿Quiénes?

—Pues... los granjeros. Y mi familia.

—Lo cierto es que hablan de poco de usted. Como mucho, mencionan su nombre y muy de tarde en tarde.

—¡Vaya! ¿Y cómo es eso? —preguntó con sorpresa.

—Porque piensan que ha muerto hace tiempo.

—¿No? ¿Hablas en serio? ¡Pero si eso es magnífico! La excitación le llevó a ponerse de pie, de un salto.

—Es la pura verdad. Por allí, todos están convencidos de su muerte.

—En ese caso... ¡Estoy salvado! ¡Estoy salvado! Volveré a casa. Allí, me esconderán y podré salvar la vida. Guardadme el secreto y prometedme que nunca hablaréis de mí. Muchachos, sed buenos con este pobre hombre perseguido día y noche.

¡Un hombre que ni siquiera puede mostrar su rostro! Nunca os he deseado ningún mal, Dios lo sabe.

Prometedme que seréis buenos conmigo y que me ayudaréis a salvar la vida.

Lo hubiéramos prometido, aunque se tratara de un perro. El pobre diablo no sabía cómo agradecerémoslo y poco le faltó para abrazarnos.

Mientras seguíamos conversando, sacó un neceser de mano y pidió que nos volviéramos de espaldas. Eso hicimos y, cuando nos dimos la vuelta, su aspecto era completamente distinto al de un instante atrás. Ataviado con unas gafas de cristal azul, llevaba ahora un bigote y unas patillas postizas, que parecían completamente naturales. Ni su propia madre le habría reconocido. Nos preguntó si se parecía en algo a su hermano Júpiter.

—No —contestó Tom—. Tan sólo se le parece en el cabello largo.

—Bueno, pues me lo cortaré antes de llegar. Brace y él sabrán guardar el secreto y podré vivir con ellos, como si fuera un forastero, sin despertar sospechas entre los vecinos. ¿Qué os parece mi plan?

Tom le miró un instante y respondió:

—Por supuesto, Huck y yo no diremos nada, pero la cosa será bastante arriesgada, si usted no tiene cuidado en mantener el secreto. Con esto, lo que quiero decir es que, al hablar, la gente a lo mejor reparará en que su voz es muy similar a la de Júpiter. En tal caso, quizás recuerden entonces al hermano gemelo al que daban por muerto y puedan llegar a pensar que podría estar escondido en alguna parte, con un nombre supuesto.

—Desde luego, eres un chaval muy listo. Tienes toda la razón. Lo mejor será que me haga pasar por sordomudo, cuando haya algún vecino cerca. ¡Imagínate! Si se me ocurre volver a casa, sin tener en cuenta ese pequeño detalle... Claro que tampoco tenía previsto volver. Más bien, pensaba en refugiarme en cualquier sitio, para escapar de esos tipos que me persiguen. En este caso, me hubiera bastado con disfrazarme así, vestirme con otras ropas y...

Interrumpiéndose bruscamente, saltó junto a la puerta. Con el oído pegado a ella, escuchó en silencio, pálido y jadeante.

—Me ha parecido como si alguien amartillara una pistola. ¡Dios, qué vida!

Desmadejado, se dejó caer en una silla y se enjugó el sudor que le corría por el rostro.

CAPÍTULO III

Robo de diamantes

Desde aquella ocasión, nos acostumbramos a permanecer junto a él; uno de nosotros dormía siempre en la litera superior de su camarote. Según nos dijo, llevaba tanto tiempo viviendo en solitario, que le resultaba muy agradable disfrutar de alguna compañía y estar con alguien a quien poder confiar sus problemas. Aunque sentíamos gran curiosidad por conocer su secreto, Tom pensaba que era preferible no mostrarnos demasiado preguntones; de ese modo, añadía, él mismo terminaría por abordar el asunto. Si le formulábamos demasiadas cuestiones, la desconfianza le llevaría a recluirse en su concha. Cierta día, nos preguntó, con aire indiferente, acerca de los restantes pasajeros del barco. Cuando le hablamos de ellos, no quedó satisfecho con nuestras respuestas y nos urgió para que le diéramos más detalles. Al referirse Tom a uno de los pasajeros más harapientos y de peor aspecto, Jake se estremeció y respondió con un suspiro:

—¡Dios santo! Es uno de ellos. Ya sabía yo que debían estar a bordo. Nunca conseguiré librarme de ellos. Continúa...

Cuando Tom mencionó a otro desharrapado pasajero de cubierta, el hombre se estremeció de nuevo.

—¡Ése es el otro! Ojalá, la noche sea lo bastante oscura y tormentosa como para permitirme bajar a tierra sin ser descubierto. Ya lo veis. Han dispuesto sus espías en torno a mí. Si se me hubiese ocurrido ir a echar un trago al bar... Seguro que ya han encontrado a alguien para que me vigile: el camarero, el limpiabotas, quien sea. Y si consiguiera saltar a tierra sin ser visto, no tardarían ni una hora en darse cuenta.

Tras mencionar algunos asuntos que en nada nos concernían, fue sincerándose, poco

a poco, con nosotros. Por fin, se decidió a contarnos toda la verdad.

—Se trata de una estafa que perpetramos en una joyería de Sant Louis. Estábamos decididos a apoderarnos de un par de magníficos diamantes, del tamaño de unas avellanas, que eran la comidilla de toda la ciudad. Vestidos de punta en blanco, no nos fue difícil embaucar a los joyeros a plena luz del día. En la tienda, rogamos que nos enviaran los diamantes al hotel, por si decidíamos comprarlos. Allí, teníamos preparada una pareja de diamantes falsos, que empleamos para dar el cambiazo en el momento del examen. Ésos fueron, precisamente, los diamantes que devolvimos a la tienda, alegando que no eran lo suficientemente claros, para el precio que pedían, doce mil dólares.

—¡Doce mil dólares! —exclamó Tom—. ¿De veras tienen ese valor?

—Hasta el último centavo.

—Y, ¿consiguieron escapar con ellos?

—Nada nos resultó más fácil. De hecho, dudo que los propios joyeros se hayan dado cuenta del cambiazo. De todas formas, no era prudente quedarse en Sant Louis; lo mejor era poner tierra de por medio. Cada uno proponía ir por un lado diferente, así que lo echamos a cara o cruz y ganó el alto Misisipí. Entonces, lo primero que hicimos fue envolver los diamantes en un papel en el que escribimos nuestros nombres. Entregamos el paquete al conserje del hotel, con la orden de que no debía dárselo a ninguno de nosotros, sin que estuvieran presentes todos los demás. A continuación, nos dispersamos por la ciudad, cada uno por su lado, pero, en el fondo, con un mismo propósito.

—¿Cuál? —preguntó Tom.

—Robar a los otros compañeros.

—¿Cómo? ¿Que uno se quedara con todo el botín, a costa de los demás?

—Naturalmente.

Asqueado, Tom Sawyer repuso que aquello era lo más vil y rastrero que había oído en la vida, a lo que Jake Dunlap objetó que se trataba de algo corriente en la profesión, un negocio en el que cada uno debía cuidar de sí mismo, pues nadie se sacrificaría por él. Jake añadió:

—El problema era que resulta imposible dividir dos diamantes entre tres. Después de mucho vagar por las calles y darle vueltas al asunto, decidí apoderarme de ellos a la primera de cambio, buscarme un buen disfraz y darles el esquinazo a los muchachos.

¡Que me buscaran! Así que, me procuré los postizos, las gafas y estas ropas. Al pasar ante una tienda donde venden toda clase de objetos, reconocí a Bud Dixon, uno de mis compañeros, a través del escaparate. Desde mi rincón, le observé, para saber qué era lo que estaba comprando. ¿De qué creéis que se trataba?

—¿Unos postizos?

—No.

—¿Unas gafas?

—No.

—¡Oh, cállate de una vez!, Huck Finn, no haces más que liarla. ¿Qué fue lo que compró, Jake?

—No lo adivinaríais en la vida. Un destornillador. Un destornillador muy pequeño.

—¡Córcholis! ¿Y para qué quería eso?

—Lo mismo me preguntaba yo, entre curioso y asombrado. Cuando salió del comercio, le seguí con disimulo hasta su próximo destino, una tienda de ropa usada, donde compró una camisa roja de franela y un traje harapiento, el mismo que le habéis visto. Sin perder tiempo, me dirigí al muelle y escondí todas mis cosas en el barco donde teníamos pasaje. La suerte me acompañó otra vez al regresar a la ciudad, donde sorprendí al otro compañero adquiriendo un juego de ropa muy parecido al anterior. Al poco rato, recogimos los diamantes y volvimos

al muelle, para embarcarnos.

»La verdad es que ahora estábamos en vilo, pues la desconfianza que sentíamos hacia los demás nos impedía dormir con tranquilidad. No hacíamos otra cosa que vigilarnos mutuamente. Ya hacía un par de semanas que no nos llevábamos demasiado bien; lo único que nos mantenía unidos era el negocio en común. Cosa mala, si recordamos que únicamente teníamos dos diamantes a repartir entre tres. Después de nuestra primera cena a bordo, paseamos por la cubierta y fumamos en silencio hasta cerca de la medianoche. Entonces, bajamos a mi camarote, donde, a puerta cerrada, nos aseguramos que los diamantes continuaban en su envoltorio de papel. Tras dejarlos a la vista, en la litera inferior, nos quedamos allí sentados, haciendo esfuerzos enconados por no dormirnos. Al fin, Bud Dixon se puso a roncar con la barbilla apoyada en el pecho. Con un gesto de la cabeza, Hal Clayton señaló los diamantes y la puerta del camarote. Le comprendí y me hice con el paquete. Nos pusimos de pie y aguardamos en un silencio absoluto. Bud ni se movió. Suave y lentamente, di la vuelta a la llave y abrí la puerta. Tras abrir el picaporte con idéntico cuidado, salimos de puntillas, cerrando la puerta sin ruido.

»No se oía nada; el barco navegaba con rapidez por el ancho río iluminado por el reflejo de la luna. Sin decir palabra, subimos directamente al puente superior y nos situamos junto a la claraboya. Sin hablar, ambos sabíamos lo que había que hacer. Cuando Bud Dixon despertase y se diese cuenta de la desaparición de los diamantes, valiente como es ese hombre, saldría disparado a recobrarlos. Cuando subiese a cubierta, intentaríamos arrojarle por la borda, intento que, a lo mejor, podría costarnos nuestras propias vidas. Aunque no soy más valiente que los demás, las circunstancias me obligaban a mostrar la mayor decisión. Casi deseaba que el barco hiciera alguna parada que me permitiese saltar a tierra y, así, no tener la necesidad de luchar. Bud Dixon me daba pánico, ésa es la verdad, pero el barco era de los que navegan por el alto Misisipí, con lo que no era probable que hiciera ninguna parada. El tiempo corría y aquel tipo no llegaba nunca. Esperando, nos sorprendió el amanecer. Por fin, le dije a mi compañero que todo aquello me olía a chamusquina, momento en que nos decidimos a abrir el paquete. Al desdoblarlo, nos encontramos con que no contenía otra cosa que dos terrones de azúcar. De ahí que Dixon se hubiera quedado roncando tan tranquilo. Una jugada bien ideada. El tipo nos había dado el cambiazo ante nuestras mismísimas narices.

»Nos había tomado el pelo. Ahora, lo que convenía hacer era trazar un nuevo plan, cosa que diseñamos de inmediato. Teníamos que rehacer el paquete de nuevo, dejarlo como estaba, volver con cuidado y acostarnos en las literas. Fingiríamos no saber nada de truco alguno e ignoraríamos las risas que debía camuflar entre sus ronquidos. A partir de ahora, no le quitaríamos la vista de encima y, una vez en tierra, le emborracharíamos y le registraríamos a fondo, hasta dar con los condenados diamantes. Si no era demasiado arriesgado, llegaríamos, incluso, a liquidarlo. Si finalmente conseguíamos el botín, teníamos dos opciones: acabar con él o vernos condenados a tenerle continuamente detrás de nuestros talones. Con todo, yo no terminaba de verlo claro. Aunque sabía que no sería difícil emborracharle (Dixon siempre se apuntaba a estas cosas), ¿qué conseguiríamos con ello? Igual podríamos registrarle durante un año entero y no encontraríamos nada en absoluto.

»De pronto, una idea me atravesó el cerebro como un relámpago. Me había quitado las botas a fin de descansar los pies y, al coger una para calzarme de nuevo, mis ojos se posaron en su tacón. En ese momento, me quedé sin aliento... ¿Recordáis la mención que hice del pequeño destornillador que había adquirido Dixon?

—Por supuesto que nos acordamos —apuntó Tom, con excitación.

—Bueno, pues cuando mis ojos tropezaron con el tacón de la bota, supe al momento dónde estaban escondidos los diamantes. Observad este tacón. Debajo tiene una chapa de hierro sujeta con tornillos. ¡Los únicos tornillos que el tipo llevaba encima! Para eso necesitaba el destornillador.

—¡Vaya idea, Huck! —exclamó Tom.

—Así que, por fin, me calcé las botas y, tras bajar al camarote, dejamos el paquete con azúcar sobre la litera. A continuación, nos sentamos, teniendo que soportar a conciencia los ronquidos de Bud Dixon. Hal Clayton, a su vez, no tardó en quedarse dormido. Yo, sin embargo, seguía bien despierto; en la vida, he estado tan despierto. Ocultando la mirada bajo el ala del sombrero, examiné la estancia con disimulo, buscando algún trozo de cuero. La cosa me llevó su tiempo. Cuando ya comenzaba a desesperar, di, por fin, con él. Estaba junto a la pared y era casi del mismo color que la alfombra. Se trataba de un pequeño parche redondo, con el tamaño de la punta de tu dedo meñique. «Ahí está el nido de los diamantes», me dije. Al cabo de un rato, di con el parche gemelo de éste.

«¡Pensad en la astucia del tipo! Adelantándose a nuestro modo de actuar, nos había tendido una trampa en la que habíamos caído, tal y como él había previsto, como un par de zoquetes. Tras desatornillar las chapas metálicas del tacón, había sacado el parche de cuero de su interior. Allí, había insertado los diamantes y, luego, había atornillado de nuevo las tapas metálicas. El pájaro sabía perfectamente que cogeríamos el falso paquete y esperaríamos toda la noche a que se nos presentara la oportunidad de tirarle al agua. ¡Fue exactamente lo que hicimos! Hay que reconocer que se trataba de un plan de primera, ¿no os parece?

—¡Desde luego! —respondió Tom, sin contener su admiración.

CAPÍTULO IV

Los tres durmientes

—Durante todo el día, seguimos vigilándonos mutuamente; la representación de semejante comedia era cada vez más aburrida. Hacia el anochecer, atracamos en una

de esas ciudades pequeñas del Misuri, cerca ya de Iowa. Cenamos en la taberna y alquilamos un cuarto con un jergón y una cama doble. Antes de acostarnos, me las ingenié para esconder mi saco bajo una tabla de pino, en la oscura antesala, justo en el momento en que avanzábamos en fila india. Yo iba el último, en una procesión guiada por el dueño de la casa, quien, además, alumbraba el camino con una vela de sebo. Al cabo de un momento, comenzamos a beber whisky y a jugar á los naipes. Cuando el whisky comenzó a subírsele a la cabeza a Bud, nosotros dejamos de beber con disimulo. Mientras, él seguía apurando la botella. Por fin, borracho como una cuba, se cayó de la silla y comenzó a roncar sobre el suelo.

»Había llegado la hora de la verdad. Propuse a mi compañero que le quitásemos las botas a Bud, para que pudiéramos moverle y registrarle, haciendo el menor ruido posible. Eso hicimos. Fue el momento que aproveché para situar las botas de Bud junto a las mías. A continuación, desnudamos a Bud y le registramos todo: los bolsillos, los calcetines y el interior de sus botas; sin embargo, seguíamos sin dar con los diamantes. Al tropezar con el destornillador, Hal se mostró desconcertado. ¿Para qué demonios emplearía aquello? Fingiendo ignorarlo, me lo guardé con disimulo. Descorazonado, Hal declaró que lo mejor sería desistir. Eso era, precisamente, lo que quería oír.

—Hay un lugar donde todavía no hemos buscado —tercié.

—¿A qué te refieres?

—A su estómago.

—¡Vaya! No se me había ocurrido. Me parece que has dado en el clavo. ¿Qué podemos hacer?

—Bueno —dije yo—, quédate a su lado hasta que consiga encontrar una farmacia. Allí, seguro que me venderán algo con lo que conseguiremos sacar los diamantes de su escondrijo.

»Hal se mostró de acuerdo con la idea. Aunque se me quedó mirando fijamente, me calcé las botas de Bud en lugar de las mías. Me iban un poco grandes, pero era preferible a que me estuvieran pequeñas. Tras hacerme con mi saco, salí por el corredor. En un minuto, crucé la puerta trasera y eché a caminar velozmente en dirección al río.

»La verdad es que no resultaba desagradable caminar sobre los preciosos diamantes. Al cabo de un rato, pensé que ya habría ganado kilómetro y medio de ventaja y que todo parecía tranquilo. Minutos después, se me ocurrió que, aunque ya había avanzado bastante, había un hombre a mi espalda que debía estar empezando a preocuparse. Me lo imaginé en la habitación, paseando inquieto y mascullando imprecaciones. Tres kilómetros de ventaja. Cuarenta minutos de marcha. Hal sabe, positivamente, que algo no anda como es debido. Sin duda, se estará imaginando que, durante el registro, me las he ingeniado para ocultar los diamantes en algún bolsillo. En aquel momento, comenzaría la persecución, para lo cual buscaría huellas de pisadas recientes en la tierra del camino; aquello lo despistaría, porque igual podría conducirlo río arriba que río abajo.

»En aquel momento, vi a un hombre que venía montado en una mula. Sin reflexionar, corrí a esconderme tras unos arbustos. Me porté como un tonto; al llegar a mi altura, el hombre se detuvo un momento, esperando que saliera de mi escondite, antes de volver a emprender su marcha. Ya no estaba tan contento como antes. Si ese hombre se cruzaba con Hal Clayton, la cosa podía ponerse muy fea.

»Hacia las tres de la mañana, llegué a Alexandria, donde me puse muy contento,

cuando vi que el barco estaba atracado en el muelle. Amanecía. Me sentí a salvo. Subí a bordo y conseguí este camarote. Tras vestirme con estas ropas, me acerqué a la cabina del piloto para vigilar el camino, cosa que tampoco me parecía realmente necesaria. Sentado allí, jugué con mis diamantes y aguardé a que el barco zarpase, cosa que no sucedía. Estaban reparando la máquina, algo que yo ignoraba, pues no estoy muy acostumbrado a navegar.

»Para abreviar, no zarpamos hasta el mediodía. Mucho antes de esa hora, ya estaba escondido en el camarote, ya que, antes del desayuno, vi a un hombre cuyos andares me recordaban a los de Hal Clayton. Aquello me puso enfermo. Si se daba cuenta de que estaba a bordo, me cazaría como a un ratón. Todo cuanto tenía que hacer era vigilarme y esperar, esperar a que tocáramos tierra, para seguirme hasta el lugar más conveniente, hacer que le devolviera los diamantes y después... Bueno, no quiero ni pensarlo. ¡Y ahora me decís que el otro también está a bordo! ¡Es horrible! ¡Qué desgracia, muchachos, qué desgracia! Pero me ayudaréis, ¿verdad? Sed buenos con este hombre que escapa de la muerte. Si lo hacéis, prometo adorar el polvo que pisáis.

Tom y yo nos esforzamos en consolarle, añadiendo que pensaríamos en algún plan para ayudarlo y, acto seguido, le dijimos que no tuviera tanto miedo. Algo más animado, acabó por desatornillar las chapas de sus tacones y extraer los famosos diamantes, los cuales contempló con ojos admirados. La luz se reflejó en ellos, esparciendo un destello de fuego en su derredor. Pensé que este Jake era más bien tonto. De haber estado en su pellejo, hubiera devuelto los diamantes a los otros dos, para que me dejaran en paz de una vez. Sin embargo, él lo veía de otro modo. Según dijo, esos diamantes valían una fortuna que no estaba dispuesto a perder de ningún modo.

El barco se detuvo en dos ocasiones, para reparar la máquina. Una de esas paradas forzosas fue por la noche y, aunque se prolongó durante bastante rato, el hombre juzgó que no estaba lo bastante oscuro como para abandonar el barco con suficientes garantías. A la tercera parada, sin embargo, la ocasión se presentó más propicia, pues atracamos junto a un muelle maderero, situado a unos sesenta y cinco kilómetros de la finca de tío Silas. Era la una de la madrugada, el cielo estaba nublado y amenazaba

tormenta. Jake se dio cuenta de que había llegado su oportunidad. Mientras el barco comenzaba a cargar madera, la lluvia comenzó a caer con estrépito. Había un vendaval de mil demonios. A fin de resguardarse un poco, los marineros se cubrían la cabeza con sacos de tela gruesa. Tras hacernos con uno de esos sacos, se lo proporcionamos a Jake, quien, bolsa en mano, salió del barco mezclado entre los marineros. Le vimos alejarse y perderse en la oscuridad, bajo la luz de un farol. Tom y yo respiramos aliviados.

Nuestra alegría fue breve. Alguien debía haberse chivado, ya que, muy pronto, vimos dos figuras que abandonaban el barco a toda prisa y desaparecían entre las tinieblas, como almas que lleva el diablo. Hasta el amanecer, albergamos la esperanza de que regresaran al navío, pero no sucedió así. Deprimidos, nos consolamos pensando que, con la delantera que les llevaba, Jake, seguramente, conseguiría borrar sus huellas y alcanzar la casa de su hermano, donde podría ocultarse y estar a salvo.

Según nos había dicho, tenía previsto enfilear el camino que va junto al río. Antes de marcharse, nos suplicó que averiguásemos si Brace y Júpiter estaban realmente solos en casa, en cuyo caso debíamos salir al anochecer y reunimos con él, para darle la buena nueva en un bosquecillo de sicomoros, un lugar solitario emplazado detrás de la plantación de tío Silas, justo a la orilla del río.

Durante largo rato, hablamos de las posibilidades de salvación que tenía Jake. Tom deseaba que aquellos tipos hubieran echado a andar río abajo. Sin embargo, era posible que conocieran el lugar de donde él provenía y tomaran la dirección opuesta. Si lo hacían así, lo más probable era que siguieran la pista del confiado Jake hasta que llegase la noche, momento que aprovecharían para matarle y conseguir sus botas. La verdad es que estábamos muy tristes.

CAPÍTULO V

Una tragedia en el bosque

La máquina no estuvo dispuesta hasta la tarde, razón por la cual no llegamos a nuestro destino hasta antes del anochecer. Sin detenernos un instante, echamos a caminar hacia el bosque de sicomoros, ansiosos por relatarle a Jake el motivo de nuestro retraso y decirle que nos esperara, hasta que pudiéramos llegar a casa de Brace y enterarnos de cómo andaban las cosas por allí. Estaba ya bastante oscuro, cuando nos encaminamos al bosque, sudorosos y jadeantes por el esfuerzo. A pocos metros de los árboles, vimos que dos siluetas se internaban por allí. Un instante después, oímos unos gritos terribles que venían del bosquecillo.

—¡Están matando al pobre Jake! —exclamamos Tom y yo.

Aterrorizados, corrimos a escondernos en la plantación de tabaco, temblando de tal modo, que la ropa se nos escurría. Desde la plantación, vimos cómo dos hombres más se introducían en el bosque. Un instante después, cuatro hombres surgieron de entre los árboles: dos de ellos estaban persiguiendo a la primera pareja.

Muertos de miedo, permanecimos ocultos, atentos a escuchar nuevos sonidos. Durante largo rato, sin embargo, sólo pudimos oír el latido de nuestros propios corazones. No podíamos evitar el pensamiento de que algo terrible había sucedido entre los sicomoros; la idea nos hacía estremecer de terror. La luna apareció como si surgiera de la tierra, enorme, redonda, poderosa y brillante; entre los árboles, parecía un rostro que se asomara por entre las rejas de una cárcel. Por todas partes, veíamos

manchas de luz blanquísima junto a sombras oscuras; todo permanecía silencioso, en una calma terrible que no turbaba ni la leve brisa de la noche siniestra y misteriosa. De pronto, Tom susurró:

—¡Fíjate allí! ¿Qué es eso?

—¡No lo sé! —respondí—. Pero no me asustes de ese modo... Estoy que me muero de miedo.

—Te digo que mires. Algo sale de entre los árboles.

—¡Cállate, Tom!

—¡Algo muy alto!

—¡Ay, Dios mío! Vámonos de aquí.

—No te muevas. Viene hacia aquí.

Estaba tan excitado, que le resultaba imposible hablar en voz baja. No tuve más remedio que echar un vistazo. Estábamos los dos de rodillas. Con la barbilla apoyada

sobre uno de los listones de madera del cercado. La aparición venía por el camino, bajo la sombra de los árboles. No pudimos verla bien, hasta que pasó muy cerca de nosotros. La luz de la luna iluminaba su silueta. Convencidos de hallarnos ante el fantasma de Jake, nos acurrucamos en nuestro escondite. Inmóviles durante uno o dos minutos, terminamos por darnos cuenta de que la aparición se había marchado.

—Los fantasmas son como la niebla, de sombra y humo. Éste, sin embargo, era bien distinto.

—He visto perfectamente las gafas y el bigote.

—Sí, y su traje era del tipo que los campesinos visten en domingo, con calzones a cuadros verdinegros.

—Con chaleco de terciopelo a cuadros rojos y amarillos...

—También llevaba refuerzos de cuero, uno de los cuales iba medio desabrochado...

—Sí, y un sombrero...

—¡Vaya! ¡Un sombrero para un fantasma!

Por aquellos días, se habían puesto de moda los sombreros negros de ala rígida, altos, duros y con una copa parecida a un pan de azúcar.

—¿Has visto si su pelo era el mismo, Huck?

—Lo cierto es que no me he fijado muy bien.

—Ni yo. Pero sí que me he fijado en que llevaba el mismo saco.

—Sí... ¿Desde cuándo los fantasmas llevan saco?

—¡Bah! No seas ignorante, Huck. Los fantasmas también tienen derecho a disponer de sus propias posesiones. Si un fantasma puede vestir sus propias ropas, ¿por qué no puede disponer de su saco?

La lógica argumentación de Tom me llevó a guardar silencio. En ese momento, Bill Withers y su hermano Jack aparecieron charlando animadamente entre sí. Jack, entonces, comentó:

—¿Qué demonios sería eso que llevaba a cuestas?

—No lo sé, pero parecía algo muy pesado.

—Desde luego. A lo mejor, es un negro que viene de robarle maíz a Silas, el anciano predicador.

—Eso mismo me parece a mí. Razón de más por la que no merece la pena verle la cara.

—¡Bien dicho!

Los dos se echaron a reír, mientras se perdían de vista. La reciente impopularidad

de tío Silas se manifestaba en el hecho de que, en la sospecha de que un negro se dedicaba a robarle el maíz, los dos hermanos le dejaban hacer sin oponerse.

Al poco rato, sonaron otras voces que se acercaban y que se iban haciendo cada vez más nítidas, un diálogo puntuado por alguna carcajada ocasional. Por el camino, aparecieron Lem Beebe y Jim Lane. Este último apuntó:

—¿Quién? ¿Júpiter Dunlap?

—El mismo.

—No sé... Pero quizá tengas razón. Le vi hará cosa de una hora, poco antes de que anocheciera, caminando a toda prisa. Iba con el predicador y dijo que, seguramente, no vendría esta noche, pero que podíamos llevarnos su perro si nos hacía falta.

—Estaría cansado...

—Sí; la verdad es que siempre trabaja mucho.

Desaparecieron riendo alegremente. Tom propuso abandonar nuestro refugio y seguirles. Ya que íbamos por el mismo camino, evitaríamos así el desagradable trance de tropezarnos con el fantasma a solas. Dicho y hecho, tras poner en práctica el plan de mi amigo, llegamos a casa sin novedad.

Era el 2 de septiembre, sábado por la noche. La fecha no se me olvidará fácilmente. ¿Por qué? Pronto lo sabréis.

CAPÍTULO VI

Planes para guardar los diamantes

Seguimos a Jim y Lem hasta la puerta trasera de la cabaña que había ocupado el viejo Jim, hasta que le liberamos de su cautiverio. Cuando los perros vinieron a saludarnos, vimos que había luz en la casa. Algo menos temerosos, nos disponíamos a subir, cuando Tom dijo:

—Espera un segundo. Vamos a sentarnos aquí un momento. ¡Qué demonios!

—¿Qué es lo que sucede?

—Hay que pensarlo bien —explicó—. ¿De veras piensas que debemos ser los primeros en hablarle a la familia de la existencia del muerto en el bosque? ¿Piensas que debemos describirlo todo y cubrirnos de gloria por ser los primeros en saber el nombre de los asesinos que han despojado al cadáver de los diamantes?

—Naturalmente. No serías Tom Sawyer, si dejases escapar una ocasión así. Además, te las arreglas muy bien solo, para adornar los hechos.

—Es posible —respondió muy calmado—, pero no pienso hacer nada de eso. Sus palabras me dejaron de una pieza.

—¿Lo dices en serio, Tom?

—Completamente en serio. Una pregunta: ¿iba descalzo el fantasma?

—No, pero, ¿qué importancia tiene eso?

—Ahora mismo te lo digo. ¿Llevaba las botas puestas?

—Sí; las vi perfectamente.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—Yo también las vi. ¿Y no te das cuenta de lo que eso significa?

—No. ¿Qué significa?

—Sencillamente, que esos bandidos no han conseguido hacerse con los diamantes.

—¿En serio? ¿Qué te lleva a pensar así?

—Estoy seguro de lo que digo. Fíjate en que el fantasma vestía los pantalones, las gafas, el bigote y todas las demás prendas de Jake. Y las botas también. Si eso no bastase para probar que los bandidos no le quitaron las botas, entonces no habría prueba que valiese.

Nunca había conocido una cabeza como la de Tom Sawyer. Yo tenía ojos para ver las cosas, pero éstas carecían de significado para mí. Tom estaba hecho de otra madera; cuando veía algo, aquello cobraba significado y le relataba todo cuanto sabía. En toda mi vida, no he conocido una cabeza como la suya. Después, le dije:

—Tom Sawyer, te lo he dicho muchas veces y te lo vuelvo a repetir: no valgo ni para lustrarte las botas. Pero no importa: Dios todopoderoso nos ha creado a todos por igual, pero a unos los ha dejado ciegos, mientras que a otros les ha concedido un par de ojos, para que puedan verlo todo. Mucho me temo que yo no figuro entre estos últimos, pero sin duda está bien así, puesto que se trata de la voluntad de Dios. Termina de contarme lo que sabes. Ahora, entiendo bien que esos bandidos no se fueron con los diamantes. Pero, ¿por qué? ¿Tienes alguna idea?

—Porque les ahuyentaron los otros dos hombres, antes de que pudieran quitarle las botas al cadáver.

—¡Justamente! Ahora, lo veo claro. Pero dime, Tom, ¿por qué razón no podemos

contar cuanto sabemos?

—¿Todavía no lo entiendes, Huck Finn? Piensa, detenidamente, en lo que va a suceder. Por la mañana, habrá una investigación y esos dos hombres relatarán que oyeron gritos en el bosque y que acudieron corriendo, aunque sin tiempo de salvar al forastero. El jurado discutirá y terminará por dictaminar que el forastero murió de un tiro, apuñalado o de un golpe en la cabeza, porque así lo permitió Dios. Después del entierro, subastarán sus cosas, a fin de pagar los gastos de la ceremonia. Ésa será, precisamente, nuestra oportunidad.

—¿Qué quieres decir?

—Compraremos sus botas, ¡por un par de dólares!

—¿De veras? ¿Crees que así nos haremos con los diamantes?

—Naturalmente. Y verás como algún día ofrecerán una gran recompensa por ellos: quizá, mil dólares. Ese dinero será nuestro y sólo nuestro.

Ahora, vamos a saludar a la gente. Pero, recuerda, no sabes nada de asesinatos, diamantes o ladrones. No lo olvides.

La verdad es que no pude reprimir un suspiro, al escuchar esas palabras. Yo hubiera

vendido los diamantes, sí señor, pero por un mínimo de doce mil dólares. Con todo, preferí guardarme mi opinión y preguntar:

—Una cosa, Tom: ¿qué le diremos a tía Sally, para justificar nuestro retraso?

—Eso te lo dejo a ti. No dudo que sabrás manejarte para quedar bien. Así era Tom de puntilloso y delicado. Jamás diría una mentira.

Cruzamos el corral, contemplando las cosas que nos eran familiares y que volvíamos a ver con alegría. Al llegar al pasadizo cubierto que hay entre la casa y el anexo de la cocina, advertimos que todo seguía en su sitio de costumbre; incluso la blusa verde de paño que tío Silas se ponía para trabajar, la cual tenía una capucha y un remiendo blanco cosido entre los hombros, un remiendo que recordaba una bola de nieve arrojada por algún muchacho. Al entrar en la habitación, vimos que tía Sally andaba, como siempre, de un lado para otro. Los niños aparecían agrupados en un rincón, mientras el anciano rezaba pidiendo ayuda para épocas de necesidad. Con lágrimas de alegría, la tía corrió a nuestro encuentro. Tirándonos de las orejas, nos abrazó y besó con efusión.

—¿Se puede saber por dónde andabais, diablillos? —preguntó—. Me mataréis a disgustos. Vuestro equipaje ha llegado hace rato y he tenido que volver a calentar la cena hasta cuatro veces. Una espera así es suficiente para volverle loca a una... ¡Es como para arrancaros la piel a tiras! Pero, bueno, debéis estar muertos de hambre. Sentémonos de una vez y no perdamos más el tiempo.

Era estupendo verse allí, de nuevo, ante la sopa de maíz, las chuletas de cerdo y el resto de las delicias de la cocina. El anciano tío Silas musitó una bendición a la antigua y, mientras los niños respondían en voz queda, me esforcé en pensar alguna explicación que justificase nuestra tardanza. Cuando ya nos disponíamos a comer los platos rebosantes hasta el borde, tía Sally me hizo la tan temida pregunta.

—Pues verá usted, señora...

—¡Huck Finn! ¿Desde cuándo me tratas de señora? ¿Alguna vez he dejado de besarte o soltarte collejas, desde el día que entraste en esta habitación y te confundí con Tom Sawyer? Al contrario, di las gracias a Dios por haberte enviado, y eso fue pese a las mil mentiras que me has contado y que me he creído como una tonta. Llámame tía Sally, como siempre has hecho.

Así lo hice y, después, añadí:

—El caso es que a Tom y a mí se nos ocurrió venir a pie, disfrutando del aire que se respira en el bosque. Por casualidad, nos encontramos con Lem Beebe y Jim Lane, quienes nos pidieron que fuéramos con ellos a coger moras y que, si queríamos, lleváramos también al perro de Júpiter Dunlap, algo que éste les había dicho un momento antes.

—¿Dónde lo vieron? —preguntó el viejo de improviso.

Yo le miré, esforzándome en averiguar por qué se mostraba tan desconfiado, con una cuestión de tan poca importancia. Sus ojos se clavaron en los míos, cosa que me desconcertó por un instante. Reponiéndome, contesté:

—Lo vieron cuando estaba con usted, cavando un hoyo en el campo, hacia el anochecer...

Tío Silas contestó con un gruñido, sin aparentar más desconfianza. Yo aproveché la ocasión para continuar:

—Como iba diciendo...

—¡Basta! ¡No sigas por ahí! —interrumpió tía Sally con indignación y fijando su mirada en mí—. Huck Finn, ¿cómo puedes hablarme de coger moras en septiembre?

¿En esta región?

Comprendí que acababa de meter la pata y opté por guardar silencio. La tía hizo una pausa y, sin dejar de mirarme con fijeza, prosiguió:

—Y, ¿a quién se le ocurrió la estúpida idea de coger moras por la noche?

—Bueno, nos dijeron que tenían una luz y...

—¡Oh! No digas más tonterías. Y, además, ¿para qué querían un perro? ¿No sería para cazar moras?

—Hum. Pues... Yo diría que...

—A ver, Tom Sawyer, ¿qué clase de mentira estás preparando para arreglar los despropósitos de tu compañero? Dímelo, aunque te advierto de antemano que no voy a creerte ni media palabra. Tú y Huck os habéis metido en algún lío; estoy segura de ello. Os conozco perfectamente. Ahora, explícame, si puedes, todo ese lío del perro, las moras y la luz. Y procura hablar como es debido, ¿de acuerdo?

Con aspecto dolido, Tom respondió con un tono digno.

—Pienso que el pobre Huck no merece que le hablen de ese modo, a causa del pequeño error que haya podido cometer.

—¿A qué te refieres?

—A que, simplemente, se ha equivocado y ha dicho moras cuando quería decir fresas.

—Tom Sawyer, si continúas tomándome el pelo...

—Permita que me explique, tía Sally. Tengo que decirle que está usted equivocada. De haber estudiado historia natural, sabría que en todo el mundo, menos aquí, en Arkansas, las fresas se cogen siempre con la ayuda de un perro y

una luz.

Estallando de indignación, la tía le dijo de todo a Tom. Furiosa, las palabras le salían por la boca como un torrente. Eso era, precisamente, lo que deseaba Tom Sawyer. Mi amigo dejó que se desahogara a gusto, sabedor de que la cosa la molestaba tanto, que ya no volvería a mencionar la cuestión, ni permitiría que otros lo hicieran. Y así sucedió, efectivamente. Cuando Tom juzgó que la tía ya no hablaría más del tema, le interrumpió en tono calmo:

—Y, sin embargo, tía Sally...

—¡Cierra el pico de una vez y no vuelvas a hablarme de este asunto!

Sanos y salvos, ya no tendríamos que preocuparnos más por la cuestión. Ciertamente, Tom había sido muy astuto.

CAPÍTULO VII

Noche de vigilancia

A pesar de su aspecto, algo pensativo, y de los suspiros que soltaba ocasionalmente, Benny comenzó pronto a interesarse por todo, preguntándonos por Mary, Sid y tía Polly. Algo más calmada, tía Sally terminó por recobrar su acostumbrado buen humor, esforzándose en que la cena transcurriera del modo más agradable posible. Por su parte, el viejo apenas abrió la boca, mostrándose inquieto y abstraído. Daba grima verle así, tan abatido y preocupado.

Justo cuando acabábamos de cenar, un negro se asomó por la puerta y, sombrero de paja en mano, nos saludó respetuosamente y nos anunció que su amo Brace estaba abajo, esperando la llegada de su hermano para cenar. ¿Sabría tío Silas dar razón de éste? Nunca en mi vida, había oído a tío Silas una respuesta tan seca y malhumorada, como la que esgrimió en esta ocasión.

—¿Soy yo, acaso, el guardián de su hermano?

Arrepintiéndose en el acto, se apresuró a matizar sus palabras con amabilidad:

—No hace falta que repitas lo que acabo de decir, Billy. Me has pillado en un mal momento. La verdad es que, últimamente, no me encuentro muy bien; ya no sé ni lo que me digo. Puedes decirle a tu amo que no le he visto por aquí.

Cuando el negro se marchó, tío Silas comenzó a pasearse por la habitación, mesándose los cabellos con nerviosismo. En voz baja, tía Sally nos advirtió que procurásemos no molestarle demasiado. Desde que habían comenzado los líos, se pasaba el día cavilando y, la mayoría de las veces, ni se daba cuenta de lo que hacía. Con más frecuencia que antes, se levantaba, dormido, en plena noche. Tía Sally también nos dijo que si alguna vez le sorprendíamos así, no debíamos hacerle caso, pues podría ser perjudicial para su salud. Benny era la única persona con quien se

entendía durante estos días difíciles, pues era la única que comprendía el modo en que debía ser tratado, cuando sufría alguna de sus crisis.

Tío Silas continuó paseando, murmurando entre dientes, con el mismo gesto fatigado. Acercándose a su lado, Benny tomó una de sus manos entre las suyas y se abrazó a él. Mientras tía Sally subía a acostar a los niños, Tom y yo, muy aburridos, salimos a dar un paseo a la luz de la luna. Nuestros pasos nos guiaron hasta un campo de sandías, donde continuamos nuestra charla. En opinión de Tom, todos los problemas tenían su origen en Júpiter. Era preciso, añadió, estar al tanto de cómo se desarrollaban los acontecimientos y, si era necesario, ayudar a tío Silas, en relación a lo de Júpiter. Así, charlando, fumando y comiendo sandías, se nos pasaron dos horas. Ya era tarde cuando regresamos a casa. Las luces se habían apagado y todos estaban en la cama.

Tom, a quien nada se le escapaba, se fijó en que la blusa de paño no estaba en el lugar acostumbrado, el sitio donde anteriormente la habíamos visto colgada. Intrigados por la desaparición de esta prenda, subimos a acostarnos.

Cuando oímos a Benny andar de un lado a otro de su cuarto, comprendimos que la muchacha no podía conciliar el sueño, preocupada como estaba por los problemas de su padre. También nosotros estábamos desvelados, tristes e inquietos. Sin parar de fumar, hablamos acerca del asesinato y el fantasma. Nos pusimos muy nerviosos y acabamos con la piel de gallina y sin poder conciliar el sueño.

Al cabo de un largo rato, cuando ya sólo se escuchaba algún sonido distante y misterioso, Tom me hizo una seña y me susurró que echara una mirada por la ventana. Así lo hice. Fue cuando vi a un hombre que se movía indeciso por el corral, como si no supiera muy bien lo que tenía que hacer. Por fin, se dirigió a la escalera y, a la luz de la luna, advertimos que llevaba una pala al hombro y una vieja blusa con parches de color blanco.

—Está caminando en sueños —repuso Tom—. Ojalá pudiéramos seguirle para descubrir adónde va. Ahora, se dirige hacia el campo de tabaco; ya no se le ve. ¡Es una pena que el pobre no pueda descansar ni un momento!

Aguardamos largo rato, pero tío Silas no regresó, a no ser que volviera dando la vuelta por el otro lado de la casa. Fatigados, acabamos por dormirnos en un sueño agitado por mil pesadillas. Una espantosa tormenta nos despertó antes del amanecer. Los truenos retumbaban de forma espeluznante, el viento sacudía los árboles y la lluvia caía en pesadas cortinas, transformando los arroyos en torrentes. En aquel momento, Tom dijo:

—Escúchame bien, Huck, porque tengo que decirte algo muy curioso. Hasta el momento en que tú y yo salimos anoche, nadie en esta casa sabía nada acerca del asesinato de Jake Dunlap. Sin embargo, y en buena lógica, los dos hombres que perseguían a Hal Clayton y a Bud Dixon debieron de extender rápidamente la noticia. De esa manera, todos los que se enteraron fueron, casa por casa, en su afán de ser los primeros en comunicar la noticia; ¡qué demonios!, al fin y al cabo, tardarán muchos años en tener otra cosa interesante que contar. Huck, de todas formas, todo esto es muy extraño. Yo no acabo de comprenderlo.

Nervioso, Tom aguardó a que la lluvia cesara y pudiéramos salir a hablar con alguien, para ver qué nos decían. En ese caso, deberíamos mostrarnos tan sorprendidos como asustados.

Era ya de día cuando, por fin, dejó de llover. Andando por el camino, nos paramos a saludar a cualquier persona con la que nos cruzamos, haciendo una pausa para describir cómo habíamos encontrado a la familia, el tiempo que pensábamos permanecer por allí y otras cosas sin importancia. No dejó de sorprendernos que nadie mencionara lo sucedido la noche anterior. Tom sugirió que nos acercáramos a los sicomoros, ya que allí debía reposar el cadáver solitario. Era posible que quienes perseguían a los bandidos se hubieran internado tanto en el bosque que éstos

terminaran por hacerles frente. Sin duda, se mataron los unos a los otros y no quedó nadie vivo para contarlo.

Rápidamente y casi sin darnos cuenta, nos encontramos en el bosquecillo de sicomoros.

Sentía escalofríos. De pronto, me negué a seguir avanzando, a pesar de los empujones que Tom me daba. Mi amigo se mostraba inquieto y determinado a cerciorarse de si el muerto tenía aún las botas puestas. Tom se adentró al bosquecillo y, al cabo de un momento, reapareció con un extraño destello en la mirada.

—¡Huck! —gritó—. ¡El muerto ha desaparecido!

—¡No puede ser!

—Te digo que no está. No se ve ni rastro de él. El suelo parece un poco revuelto, pero no se ve ni un rastro de sangre. Sin duda, la tormenta ha borrado todas las huellas. No hay otra cosa que charcos y fango.

Acercándome hasta donde estaba Tom, me convencí de que, efectivamente, el cuerpo había desaparecido.

—¡Maldita sea! —exclamé—. Los diamantes se han evaporado. Tom, ¿no te

parece que, tal vez, los bandidos hayan regresado para llevarse el cuerpo?

—Eso parece. Pero, ¿dónde habrán podido esconderlo?

—Ni lo sé, ni me importa —contesté con malhumor—. Lo que cuenta es que las botas han desaparecido. El muerto bien puede quedarse en el bosque, que no seré yo quien lo eche de menos.

Lejos de mostrarse sentimental, a Tom simplemente le picaba la curiosidad por saber el paradero del cadáver. Según añadió, era mejor disimular y aguardar al acecho. Los perros o cualquiera que cruzara por allí terminaría, seguramente, por dar con el cuerpo.

Desilusionados y sintiéndonos estafados, regresamos a casa para desayunar. Nunca antes, un cadáver me había jugado tan mala pasada.

CAPÍTULO VIII

Hablando con el fantasma

El desayuno no fue muy alegre. Tía Sally parecía envejecida y cansada, y dejaba que los niños armasen jaleo y se peleasen: no parecía darse cuenta del barullo, lo que no era muy habitual en ella. Tom y yo teníamos muchas cosas en las que pensar, sin necesidad de hablar. Benny tenía el aspecto de no haber dormido mucho y, cuando levantaba un poco la cabeza y miraba a su padre, se veía que tenía lágrimas en los ojos. En cuanto al anciano, su comida permanecía intacta en el plato, enfriándose, sin que él reparase en ella, ya que no paraba de pensar durante todo el rato. No dijo ni comió nada.

Más tarde, cuando todo estaba en silencio, un negro asomó la cabeza a la puerta y dijo que su amo, el señor Brace, estaba muy preocupado, porque el señor Júpiter aún no había regresado a casa y que si sabía el señor Silas...

Se quedó a media frase, mirando a tío Silas, helado; éste se había levantado, muy agitado, apoyando los dedos en la mesa y resoplando, con los ojos clavados en el negro y tragando saliva; se puso la mano en la garganta un par de veces y, finalmente, le vinieron las palabras a la boca:

—¿Es que...? ¿Es que...? ¿Es que se piensa...? ¿Qué se piensa? Dilo... Dilo.

Acto seguido, se hundió en su silla, exhausto, y, con una voz casi imperceptible, dijo:

—¡Vete, vete!

El negro, asustado, desapareció. Todos nos sentimos... Bueno, no sé como nos

sentimos, viendo al anciano jadear, con la mirada fija. Parecía estar agonizando. Todos estábamos inmóviles; pero Benny, con lágrimas bañándole las mejillas, se acercó a él sin hacer ruido y se quedó de pie a su lado, recostando la cabeza gris de su padre contra ella. Luego, empezó a acariciarlo y a hacerle carantoñas con las manos.

Más tarde, nos hizo un gesto para que nos fuésemos y eso hicimos. Salimos en un silencio sepulcral, como si hubiese un muerto.

Tom y yo nos fuimos muy serios al bosque, hablando de lo diferentes que eran las cosas ahora, respecto al verano anterior, cuando reinaban la paz y la felicidad y todo el mundo pensaba tanto en tío Silas, un hombre alegre, sencillo, dulce y bondadoso. Ahora, en cambio, sólo había que verle. Estábamos convencidos de que, si no había perdido la razón, poco le faltaba.

Hacía un día precioso, muy soleado. Mientras recorríamos las colinas, dirigiéndonos a la pradera, los árboles y las flores se hacían más y más esplendorosos. Nos parecía cada vez más extraño y, de algún modo, inaceptable que hubiese tanto sufrimiento en un mundo tan maravilloso. De repente, se me cortó la respiración; sobresaltado, le cogí el brazo a Tom y exclamé:

—¡Ahí está!

Temblando, nos escondimos detrás de unos arbustos y Tom me dijo:

—¡Chist!... No hagas ruido.

Estaba sentado en un tronco, justo al final de un prado, cavilando. Intenté convencer a Tom de que nos fuésemos de allí, pero no me hizo caso. Yo no me atrevía a irme solo. Dijo que quizá no volveríamos a tener otra oportunidad para ver a uno y que iba a hartarse de mirar a éste, aunque le costase la vida. Así que, yo también miré, pese a estar muerto de miedo. Tom no podía evitar hablar, pero hablaba bajo. Me decía:

—Pobre Jake, lo lleva todo puesto, tal como afirmó. Ahora, ya puedes observar aquello de lo que dudábamos: su pelo. Ya no lo lleva largo como antes; lo lleva muy corto, tal como afirmó. Huck, todo parece tan natural...

—Tienes razón —contesté—. Lo he reconocido a la primera.

—Yo también. Se le ve perfectamente sólido y genuino, igual que antes de morir. Continuábamos observándolo. Al cabo de un momento, Tom dijo:

—Huck, tiene algo muy curioso. No debería salir durante el día.

—Es verdad, Tom. Nunca he oído nada parecido.

—No, no. Sólo salen por la noche y, además, después de las doce. Hay algo extraño en él; mira lo que te digo. No creo que pueda salir a la luz del día. Pero, ¡parece tan natural! Jake iba a hacerse el sordomudo aquí, para que los vecinos no le reconocieran la voz. ¿Crees que se movería, si le gritásemos?

—¡Dios mío, Tom, no digas eso! Si le gritas, me muero de miedo.

—Tranquilo, que no le voy a decir nada. ¡Mira, Tom, se está rascando la cabeza!

¿Has visto?

—Bueno, ¿y qué?

—Pues, ¿por qué tendría que rascarse la cabeza? No le puede picar: está hecha de niebla o algo así; y la niebla no pica, todo el mundo lo sabe.

—Pero, entonces, si ni le pica ni le puede picar, ¿por qué demonios se rasca? Quizá, sea una costumbre.

—No, no lo creo. No me fío ni un pelo de todo esto. Juraría que es un impostor. De hecho, estoy tan seguro de ello, como que estoy aquí sentado. Porque si... ¡Huck!

—Bueno, y ahora, ¿qué ocurre?

—¡No se ven los arbustos a través de él!

—Tienes razón, Tom. Está claro que es de carne y hueso. Empiezo a pensar que...

—¡Huck, está mascando tabaco! Dios sabe que no pueden masticar: ¡no tienen dientes! ¡Huck!

—Te estoy escuchando.

—No es un fantasma. Es Jake Dunlap en persona.

—¡Cáspita!

—Vamos a ver, Huck Finn, ¿encontramos el cadáver en los sicomoros?

—No.

—¿Encontramos algún otro rastro de él?

—No.

—Pues está claro. Ese cadáver nunca existió.

—Pero, Tom, ¿y lo que oímos?

—De acuerdo, oímos uno o dos gritos. ¿Prueba eso que mataran a alguien? Es evidente que no. Vimos a cuatro hombres corriendo y a éste, que venía andando, lo tomamos por un fantasma. Pero no era más fantasma que tú o que yo. Era Jake Dunlap en persona y ahora sigue siendo Jake Dunlap. Se ha rapado el pelo, tal como dijo, y se hace pasar por un forastero, tal como dijo que haría. ¿Fantasma? ¡Bah!, está más vivo que tú y yo juntos.

Fue entonces cuando me di cuenta de que todo había sido fruto de nuestra imaginación. Yo, al igual que Tom, estaba muy contento de que no hubiese muerto y nos preguntábamos qué sería mejor: si revelarle que lo habíamos reconocido o no hacerlo. Tom dijo que lo mejor sería ir a preguntárselo a él mismo. Y así lo hizo; yo me mantuve un poco apartado, porque, después de todo, aún temía que fuese un fantasma. Cuando Tom se acercó al lugar donde estaba, le dijo:

—Huck y yo nos alegramos mucho de volver a verle y no se preocupe, porque no se lo contaremos a nadie. Si piensa que estará más seguro si fingimos que no le conocemos, cuando nos crucemos con usted, díganoslo y verá que puede confiar en nosotros. Antes que ponerle en el más mínimo peligro, dejaríamos que nos cortasen las manos.

Al principio, se sorprendió al vernos y parecía molesto. Pero a medida que Tom le iba hablando, le cambió la expresión. Una vez acabado el discurso, sonrió, asintió con la cabeza varias veces, nos hizo gestos con las manos y, tal como hacen los sordomudos, nos dijo:

—Gu...gu...gu...gu...

Justo en ese momento, vimos que se acercaban algunos miembros de la familia de Steve Nickerson, la cual vivía al otro lado de la pradera. Tom, entonces, dijo:

—Lo hace a la perfección. Nunca he visto a nadie hacerlo mejor. Tiene razón, finja con nosotros igual que con los demás. Así, se acostumbrará y evitará que le descubran. Nos alejaremos de usted y fingiremos que no le conocemos; pero, si alguna vez nos necesita, háganoslo saber.

Entonces, pasamos tranquilamente por delante de los Nickerson, quienes, como era de suponer, nos preguntaron si aquel era el nuevo forastero del que se hablaba tanto. Nos preguntaron de dónde venía, cómo se llamaba, de qué religión era, si era baptista o metodista, qué tendencias políticas tenía, si era conservador o demócrata, cuánto tiempo se quedaría y todas las preguntas que los humanos (y los animales, también) hacen, cuando llega un forastero. Pero Tom les contestó que no entendía nada del lenguaje de signos de los sordomudos y aún menos sus gritos sordos. Entonces, se fueron hasta él y nos quedamos mirando cómo lo acribillaban a preguntas, porque tenían gran curiosidad. Tom señaló que le costaría varios días no olvidarse, en ningún momento, de que era sordomudo y no hablar sin pensar. Cuando vimos que Jake se las apañaba bien, realizando los signos a la perfección, nos fuimos paseando. Recorrimos unos cinco kilómetros, hasta llegar a la escuela: era la hora del recreo.

Yo estaba tan decepcionado por no haber podido oír a Jake explicar la pelea que hubo en los sicomoros y cómo casi lo matan, que me daba la impresión de que no lo podría superar. Tom sentía lo mismo, pero afirmó que si estuviésemos en la situación de Jake, también iríamos con cuidado y nos mantendríamos en silencio, para evitar cualquier riesgo. Los niños y las niñas estuvieron muy contentos de volver a vernos y nos lo pasamos estupendamente durante el recreo. Cuando iban camino a la escuela, los chicos de los Henderson se habían cruzado con el nuevo sordomudo y se lo habían dicho al resto; de ese modo, todos los niños estaban muy intrigados y no hablaban de otra cosa. Estaban muy excitados: se morían de ganas de verlo, porque nunca habían visto a ningún sordomudo.

Tom me confesó que le resultaba muy duro tener que callarse. Decía que si pudiésemos contar todo lo que sabíamos, nos convertiríamos en el centro de atención; pero, en realidad, era mucho más heroico mantener el secreto, ya que no había ni un niño de cada millón que pudiese hacerlo. Esto es lo que pensaba Tom y yo estaba de acuerdo con él.

CAPÍTULO IX

El hallazgo de Júpiter Dunlap

Durante los dos o tres días siguientes, el sordomudo se hizo extremadamente popular. Hacía vida social con los vecinos, que se ocupaban mucho de él, y estaba muy orgulloso de despertar tanta curiosidad entre ellos. Lo invitaban a desayunar, a comer y a cenar. Lo atiborraban con manjares y no se cansaban de mirarlo y de indagar sobre él; les resultaba tan poco común y tan romántico, que querían saberlo todo acerca de él. Sus signos no servían de nada; la gente no los entendía y, seguramente, él tampoco, pero daba algún grito sordo y, entonces, todo el mundo estaba contento y maravillado de oírlo. Llevaba a todas partes una pizarra y una tiza, y la gente le escribía preguntas que él a su vez respondía, pero nadie entendía su letra, excepto Brace Dunlap. Brace decía que no la leía demasiado bien, pero que la mayoría de las veces se las arreglaba para adivinar el sentido. Según él, el sordomudo decía que era de buena familia y que había gozado de una buena situación, hasta que unos estafadores en los que había confiado le habían arruinado. Ahora, era pobre y no tenía qué llevarse a la boca.

Todo el mundo alababa a Brace Dunlap, por ser tan bueno con el forastero. Le dejó una cabaña de madera para él sólo, mandaba a sus negros que se ocupasen de él y le daba todos los víveres que pedía.

De vez en cuando, el sordomudo venía a casa, porque el viejo tío Silas estaba tan afligido durante aquella temporada, que cualquiera que también sufriese penas le servía de consuelo. Tom y yo no desvelamos que lo conocíamos de antes y él hizo lo mismo con nosotros. La familia hablaba de sus problemas delante de él, como si no estuviese presente, pero nosotros pensábamos que no importaba que oyese lo que decían. En general, parecía no prestar demasiada atención; pero, algunas veces,

entendía perfectamente de qué estábamos hablando.

Pasaron dos o tres días y todo el mundo empezó a preocuparse por Júpiter Dunlap. Se preguntaban los unos a los otros si tenían alguna idea de qué había sido de él. Nadie sabía nada y se comentaba que había algo extraño en ese asunto. Pasaron varios días; entonces, empezó a correr el rumor de que quizás lo habían asesinado. Se produjo un gran revuelo. Todo el mundo hablaba de lo mismo. El sábado, dos o tres grupos de personas partieron hacia el bosque en busca de sus restos. Tom y yo también fuimos: fue una experiencia muy excitante. Tom estaba tan alterado con esta historia, que no podía ni comer ni dormir. Decía que si encontrábamos el cadáver, nos felicitarían y hablarían de nosotros aún más que si nos hubiéramos ahogado.

Los demás se cansaron y abandonaron la búsqueda. Pero Tom Sawyer, no: no era su estilo. La noche del sábado casi no durmió, intentando idear un plan y, casi al amanecer, dio con él. Exaltado, me sacó de la cama y me dijo:

—Rápido, Huck, vístete. ¡Ya lo tengo! ¡Un sabueso!

Al cabo de dos minutos, ya estaba corriendo como una flecha hacia el pueblo por la carretera del río. Tom se dirigía a casa del viejo Jeff Hooker, para pedirle prestado su sabueso. Yo le dije:

—Ya es demasiado tarde para seguirle el rastro y, además, ha llovido.

—Eso no tiene importancia. Si el cuerpo está escondido en el bosque, el sabueso lo encontrará. Si lo han matado y enterrado, seguro que no han cavado una fosa

demasiado profunda: sería inverosímil. Además, si el perro pasa por encima del lugar, estoy seguro de que lo olerá. Huck, nos van a felicitar, estoy tan seguro como que me llamo Tom.

Estaba eufórico. Y cuando se ponía así, la cosa sólo podía ir en aumento. Y así fue. Al cabo de otro par de minutos, ya lo tenía todo calculado y no sólo iría a buscar el cadáver, no, también le seguiría la pista al asesino y lo capturaría; y no sólo eso, sino que...

—Bueno —contesté—, primero tienes que encontrar el cadáver; y creo que eso ya sería suficiente por hoy. Además, tampoco sabemos con certeza si existe ese cadáver, ni si ha habido un asesinato. Puede que todo esto no sean más que habladurías.

Mis palabras le pusieron furioso y, acto seguido, repuso:

—Huck Finn, eres un aguafiestas. Si tú crees que no hay esperanza, ya nadie la puede tener, ¿no? ¿Qué vas a sacar con ese cuento de que no existe el cadáver y con esa teoría tan egoísta de que no ha habido ningún asesinato? Nada de nada. No entiendo por qué actúas así. Yo no te haría eso y lo sabes. Tenemos una oportunidad de oro, para hacernos una reputación y...

—Muy bien —dije—. Lo siento y retiro todo lo dicho. Olvídalo. Hagamos lo que quieras. A mí, Júpiter me es indiferente. Si está muerto, me alegro lo mismo que tú; y si...

Él...

que...

—Nunca he dicho que me alegre; yo sólo...

—Bueno, entonces, lo siento tanto como tú. Si tú lo quieres así, pues yo también.

—No hace falta que te pongas así, Huck Finn; no he querido decir eso. Y por lo Olvidó que estaba hablando y se puso a andar, escudriñando los alrededores. Se exaltó de nuevo y, al poco tiempo, me dijo:

—Huck, sería estupendo encontrar el cadáver, ahora que todo el mundo ha desistido, y, después, continuar y capturar al asesino. No sólo sería un honor para nosotros, sino también para tío Silas. Eso le haría recobrar el ánimo, ya lo verás.

Pero el viejo Jeff Hooker le tiró el plan por los suelos, cuando llegamos a su herrería y le explicamos para qué habíamos ido a verle.

—Podéis coger el perro —dijo—, pero no vais a encontrar ningún muerto, porque no lo hay. Todo el mundo ha abandonado la búsqueda y con razón. Cuando la gente se paró a pensar, se dio cuenta que no existía tal cadáver. Y te diré el motivo. ¿Por qué alguien mata a otra persona, Tom Sawyer? Contéstame a esta pregunta.

—¿Por qué...? Pues, ejem...

—¡Contesta! Tú eres un chico listo. ¿Por qué la mata?

—Bueno, a veces para vengarse y...

—Un momento. Vayamos por partes. Has dicho venganza y estás en lo cierto. Y ahora dime: ¿Quién ha tenido alguna vez algo en contra de ese pobre don nadie? ¿Quién crees que querría matarlo? ¿Ese conejo, quizás?

Tom estaba desconcertado. Creo que nunca se había parado a pensar que para matar a alguien hay que tener una razón. Ahora, se daba cuenta de que era muy poco probable que alguien odiase tanto a un bonachón como Júpiter Dunlap, como para asesinarlo. Al cabo de un rato, el herrero dijo:

—Ya ves que la idea de la venganza queda descartada. Entonces, ¿qué? ¿Un robo?

¡Ah!, ¡ha sido eso, Tom! Sí señor: creo que hemos dado en el clavo. Algún tipo se encaprichó de los broches de sus tirantes y entonces...

Le pareció tan divertido lo que estaba diciendo que empezó a desternillarse y estuvo riendo durante un buen rato, hasta no poder más. Y Tom estaba tan desconcertado y avergonzado, que era evidente que se había arrepentido de haber ido allí y que

desearía no haberlo hecho. Pero el viejo Hooker no le dejó en paz. Enumeró todas las razones por las cuales una persona podía querer matar a otra y era evidente que ninguna encajaba en aquel asunto. No paraba de reírse de toda aquella historia y de la gente que había ido a buscar el cadáver. Después, siguió:

—Si tuvieran sentido común, sabrían que aquel gandul ha desaparecido, porque quería tomarse unas vacaciones después de tanto trabajo. Dentro de un par de semanas, volverá tan tranquilo. Y, ¿qué cara pondréis entonces? Pero, maldita sea, llevaros al perro e id a buscar sus restos. ¡Venga, Tom!

Entonces, soltó otra de sus sonoras carcajadas. Después de todo aquello, Tom no podía echarse atrás, así que le dijo:

—Muy bien, desátelo.

El herrero así lo hizo y, después, nos fuimos en dirección a casa, dejando al viejo riéndose.

Era un perro estupendo. No existe ninguna raza de perros con tan buen carácter como los sabuesos y éste, además, nos conocía y nos apreciaba. Correteaba y brincaba con entusiasmo, estaba tan feliz de estar en libertad y poder disfrutar de un respiro... Pero Tom estaba tan preocupado que no le hizo el menor caso y dijo que ojalá se hubiera parado a pensar, antes de emprender una aventura tan estúpida. Temía que el viejo Jeff Hooker se lo contase a todo el mundo y que los comentarios de la gente fuesen interminables.

Así que, empezamos a vagar por delante de casa, por las veredas traseras, desanimados y sin decir palabra. Cuando atravesábamos el extremo más alejado de

nuestra plantación de tabaco, oímos aullar largamente al perro y fuimos a su encuentro. Cavaba enérgicamente en el suelo, levantando la cabeza a menudo para lanzar un aullido.

Tenía forma rectangular, como una tumba; la lluvia se había llevado parte de la tierra, dejando ver la forma del hoyo. Cuando llegamos allí, nos miramos sin decir nada. Cuando el perro había cavado uno o dos palmos, agarró algo y tiró de ello hacia arriba: era un brazo y una manga. Tom soltó un grito ahogado y dijo:

—Vámonos, Huck. Lo hemos encontrado.

Me sentí terriblemente mal. Fuimos corriendo hasta la carretera y conducimos a los primeros hombres que encontramos hasta el hoyo. Éstos cogieron una pala de un cobertizo y empezaron a desenterrar el cadáver. Entonces, se produjo una gran expectación. No se distinguían bien los rasgos de la cara, pero no era necesario. Todo el mundo exclamó:

—Pobre Júpiter; es su ropa, ¡hasta el último harapo!

Algunos salieron corriendo a difundir la noticia y a avisar al juez de paz, para que ordenase una investigación policial. Tom y yo nos marchamos a casa. Tom estaba exaltado y sin aliento, cuando llegamos corriendo y encontramos allí a tío Silas, tía Sally y Benny. Tom, entonces, explicó la historia:

—Huck y yo hemos encontrado, los dos solos, el cadáver de Júpiter Dunlap, con la ayuda del sabueso, cuando todo el mundo ya había abandonado la búsqueda; si no

fuese por nosotros, nunca lo habrían encontrado; además, ha muerto asesinado: le han golpeado con un garrote o algo similar; y voy a empezar a buscar al asesino; os aseguro que lo encontraré.

Tía Sally y Benny se levantaron de un salto, pálidas y estupefactas, pero tío Silas se cayó de la silla exclamando:

—¡Oh, Dios mío, ya lo habéis encontrado!

CAPÍTULO X

El arresto de tío Silas

Estas atroces palabras nos dejaron helados. Durante medio minuto, no movimos ni una pestaña. Fue después cuando reaccionamos: levantamos al anciano y lo sentamos en su silla; Benny lo acariciaba y le daba besos, intentando consolarlo. La pobre tía Sally hacía lo mismo. Ambas estaban tan desconsoladas, asustadas y desconcertadas, que no sabían muy bien ni lo que hacían. Tom estaba absolutamente trastornado; la idea de haber metido a su tío en el mayor aprieto de su vida y de que, seguramente, todo eso no hubiera sucedido, si él no hubiese deseado tanto convertirse en un héroe, le dejó casi petrificado. Sin embargo, muy pronto, reaccionó y dijo:

—Tío Silas, no vuelvas a decir esas cosas. Es peligroso y, además, no hay ni una brizna de verdad en lo que has dicho.

Tía Sally y Benny se alegraron de oír esas palabras y le dijeron lo mismo; pero el anciano movía la cabeza con pesadumbre y desesperación y, con lágrimas en las mejillas, confesó:

—No... Fui yo. Pobre Júpiter, ¡fui yo!

Fue terrible oírle decir esas palabras. Luego, continuó y nos explicó la historia: ocurrió el día en que Tom y yo llegamos al anochecer. Júpiter le había importunado e irritado tanto, que había perdido el juicio y le había golpeado con un garrote y con todas sus fuerzas. Júpiter se desplomó en el suelo. Entonces, se sintió asustado y arrepentido, se puso de rodillas y le levantó la cabeza, pidiéndole que le hablara y que le dijese que no estaba muerto; al poco rato, volvió en sí, pero cuando vio quien le estaba aguantando la cabeza, se levantó de golpe y, aterrorizado, saltó la valla y se fue corriendo por el bosque. Sólo le quedó esperar que no estuviese malherido.

—Pero, desgraciadamente —prosiguió—, fue el miedo lo que le dio las últimas fuerzas y, como es natural, al poco rato, se quedó exhausto y cayó rendido entre la maleza, sin nadie que pudiera socorrerle, y murió.

Entonces, el anciano se puso a llorar con amargura, diciendo que era un asesino, que llevaba la marca de Caín, que había deshonrado a su familia y que le encontrarían y ahorcarían. Tom, entonces, repuso:

—No, no te van a encontrar. Tú no le mataste. Un solo golpe no le hubiese matado. Ha sido otra persona la que lo ha matado.

—Claro que sí —dijo—. Lo maté yo. Nadie más. ¿Existe alguien más que tuviera algo en contra de él? ¿Quién más podía tener algo en contra de él?

Levantó la mirada como si esperara que alguno de nosotros mencionase a alguien que pudiera odiar a ese bonachón inofensivo; pero, evidentemente, fue inútil: nos tenía a nosotros; no podíamos decir nada. Se dio cuenta de ello y volvió a hundirse en su tristeza. Nunca he visto un rostro tan desesperado y lastimoso. De repente, Tom tuvo una idea:

—¡Un momento! Alguien lo enterró. Quién...

Se calló de golpe. Yo sabía por qué. Me estremecí cuando le oí, porque enseguida me acordé que aquella noche habíamos visto a tío Silas rondando con una pala de mango largo. Y sabía que Benny también lo había visto, porque un día había hablado de ello. Tras su silencio, Tom cambió de tema, rogándole a tío Silas que no lo contase. Los demás lo apoyamos, diciéndole que debía mantener la boca cerrada, que no era él quien tenía que revelar la verdad y que, si guardaba el secreto, nadie lo sabría nunca; en cambio, si lo contaba y tomaban medidas contra él, destrozaría a toda la familia y, de ese modo, no beneficiaría a nadie. Así que, al final, lo prometió. Aquello nos alivió un poco y nos esforzamos en animar al anciano. Le dijimos que lo único que tenía que hacer era mantener el asunto en silencio y que, al poco tiempo, todo habría pasado y caería en el olvido. Todos afirmábamos que nadie sospecharía jamás de tío Silas, ni siquiera en sueños... ¡Era tan bueno y generoso! ¡Tenía tan buen carácter! Luego, Tom, de todo corazón, dijo:

—Vamos a ver, miradlo un momento; sólo miradlo. Aquí está tío Silas, que todos estos años ha sido predicador, sin pedir nada a cambio; todos estos años se ha estado esforzando en hacer el bien, nunca ha pedido nada a cambio; todo el mundo le aprecia y le respeta; siempre ha sido pacífico y no se ha metido en asuntos

ajenos. Es el último hombre de este distrito que pondría la mano encima a otra persona y eso todo el mundo lo sabe. ¿Cómo van a sospechar de él, si es tan imposible como...

—¡Por la autoridad que me otorga el estado de Arkansas, queda arrestado por el asesinato de Júpiter Dunlap! —interrumpió el comisario, desde la puerta.

Fue espantoso. Tía Sally y Benny se arrimaron a tío Silas, entre lamentos y llantos. Lo abrazaron y se aferraron a él. Tía Sally le dijo que se marchase, que nunca lo abandonaría, que no podrían llevárselo; en aquel momento, los negros se asomaron a la puerta llorando y, en fin, no pude soportarlo: la escena era más que suficiente para partirle el corazón a cualquiera; así que, salí fuera.

Se lo llevaron a la pequeña cárcel del pueblo y le acompañamos todos para despedirnos; Tom, que parecía animado, me dijo:

—Será fantástico correr la aventura de liberarlo alguna noche oscura, Huck. Todo el mundo hablará de ello y nos haremos muy populares; pero el anciano le agüó el plan, cuando se lo explicó. Le dijo que no, que su deber era someterse a la ley y que no se libraría del grillete hasta el final, aunque no hubiera final. Tom se quedó asombrado y contrariado por la respuesta, pero tenía que aceptarla.

Sin embargo, se sentía responsable y, por lo tanto, obligado a sacar a su tío Silas de la cárcel. Le dijo a tía Sally que no se preocupase, que iba a trabajar noche y día para resolver aquella situación y demostrar que tío Silas era inocente; estuvo muy afectuosa con él y le dio las gracias; le dijo que sabía que haría todo lo que estuviera en su mano. Tía Sally, entonces, nos dijo que ayudásemos a Benny a ocuparse de la casa y de los niños. Más tarde, en el momento de la despedida, todo el mundo rompió de

nuevo a llorar y volvimos a la granja, dejándola allí, para que viviese junto a la mujer del carcelero durante un mes, hasta que se celebrase el juicio en octubre.

CAPÍTULO XI

Tom Sawyer descubre a los asesinos

Bueno, aquel fue un mes muy difícil para todos nosotros. La pobre Benny aguantaba lo mejor que podía. Tom y yo intentábamos que se respirase alegría en la casa, aunque sin gran éxito. Lo mismo sucedía en la cárcel, íbamos cada día a visitar a los ancianos, pero era terriblemente triste. El anciano dormía muy poco y tenía etapas de sonambulismo. Se le veía fatigado, apesadumbrado y tenía la mente turbada. Temíamos que todos estos problemas le afectaran demasiado y lo matasen. Cada vez que intentábamos animarle, sacudía la cabeza y nos decía que si supiéramos lo que era llevar la carga de haber matado a alguien, no diríamos esas cosas. Tom y todos nosotros no parábamos de decirle que no era un asesinato, sino un homicidio involuntario, pero no nos escuchaba: para él era un asesinato y no había manera de hacerle cambiar de opinión. De hecho, a medida que se acercaba el juicio, se iba convenciendo de que realmente había intentado matarlo. Era espantoso. Así, todo parecía cincuenta veces más terrible. Tía Sally y Benny estaban totalmente desconsoladas. Pero nos prometió que no hablaría sobre el asesinato en presencia de otros y eso nos alegraba.

Tom Sawyer se rompió la cabeza durante todo el mes, intentando elaborar un plan para salvar a tío Silas y me hizo pasar varias noches en blanco con su fastidioso plan, pero no parecía tener nada claro. Yo le confesé que por mí lo podíamos dejar estar: lo veía todo negro y estaba desesperanzado; pero él no quería. Siguió con el asunto, haciendo planes, reflexionando y exprimiéndose el cerebro.

Por fin, llegó el día del juicio, hacia mediados de octubre. Todos estábamos presentes en la sala, que estaba atestada de gente. El pobre tío Silas tenía los ojos tan hundidos y estaba tan delgado y afligido, que parecía estar más muerto que vivo. Benny se le sentó a un lado y tía Sally al otro. Las dos llevaban velo y estaban muy

apesadumbradas. Tom, en cambio, se sentó al lado del defensor e intervenía constantemente, ya que tanto el juez como el abogado se lo permitían. En algunos momentos, asumía incluso el papel del abogado, lo que era de gran ayuda, ya que teníamos un defensor de pacotilla que no valía para nada.

El jurado prestó juramento y, seguidamente, el fiscal se levantó y empezó a pronunciar un discurso en contra del pobre hombre, un discurso que hizo gemir a Benny y a tía Sally y que les provocó el llanto. Relató el asesinato de forma tan diferente a como lo había explicado el pobre anciano, que todos nos sentimos estúpidos. Decía que iba a demostrar que dos testigos vieron cómo tío Silas mataba a Júpiter Dunlap entre los matorrales y que éste se había quedado más muerto que una piedra. Afirmó también que tío Silas regresó luego al lugar de los hechos y que arrastró a Júpiter hasta la plantación de tabaco, y que también eso lo habían presenciado dos hombres. Afirmó también que otro hombre había presenciado cómo tío Silas había salido por la noche a enterrar el cadáver.

Pensé que el pobre tío Silas nos había estado mintiendo, porque creía que nadie lo había visto y porque no podía soportar destrozar el corazón de tía Sally y de Benny; y tenía razón. Yo también habría mentido del mismo modo y cualquiera con sentimientos hubiera hecho lo mismo, para ahorrarles un sufrimiento del que no eran responsables. En fin, todo esto puso en apuros a nuestro abogado; y Tom se puso como un loco, por no decir algo más fuerte. De todas maneras, se contuvo y fingió no estar preocupado, aunque yo sabía que sí lo estaba. Y la gente... ¡Dios mío, se produjo una gran excitación!

Cuando el fiscal acabó su discurso relacionando lo que iba a demostrar, se sentó y empezó a interrogar a sus testigos.

Primero, llamó a varias personas, para demostrar que existía una enemistad probada entre tío Silas y la víctima; explicaron que habían oído cómo tío Silas amenazaba al fallecido en diversas ocasiones, que la cosa había ido empeorando, hasta que el asunto

estaba en boca de todo el mundo. Luego, siguió hablando sobre cómo el fallecido empezó a temer por su vida y que les dijo a dos o tres de ellos que estaba seguro de que tío Silas acabaría matándolo un día u otro.

Tom y nuestro abogado les hicieron algunas preguntas; pero no sirvió de nada. Todos se mantuvieron inflexibles, respecto a su testimonio.

Después, llamaron a Lem Beebe al estrado. Entonces, me vino a la memoria que aquella noche habíamos visto a Lem y Jim Lane, hablando de pedirle prestado un perro o no sé qué a Júpiter Dunlap; también recordé las moras y la luz; y que Bill y Jack Waters pasaron por allí, comentando que un negro le robaba el maíz a tío Silas. Me acordé también de nuestro viejo fantasma, que encontramos el mismo día y que tanto nos asustó: también estaba allí, convertido en todo un personaje, a raíz de su sordomudez y por ser forastero. Le habían puesto una silla en la parte de delante, para que estuviera cómodo y pudiera cruzar las piernas, mientras el resto de la gente estaba apretujada, sin poder casi ni respirar. Todo lo que pasó aquel día me regresó a la cabeza. Me entristecía pensar lo maravilloso que había sido todo hasta entonces y lo mal que se habían puesto las cosas después.

Lem Beebe, bajo juramento, testificó: —Aquel día, el 2 de septiembre, yo iba paseando con Jim Lane. Estaba a punto de anochecer y, de repente, oímos a dos hombres gritando. Parecía como si estuvieran discutiendo. Nosotros estábamos muy cerca; sólo nos separaban los arbustos, los que están a lo largo de la valla. Fue entonces cuando oímos una voz que decía: «Te he dicho varias veces que te mataría». Estoy seguro de que era la voz del acusado. Entonces, vimos un garrote que se alzaba por encima de los arbustos y bajaba ocultándose de nuevo. Oímos un fuerte golpe y, después, uno o dos gemidos; entonces, nos acercamos sigilosamente para ver y ahí estaba el cuerpo sin vida de Júpiter Dunlap y el acusado con el garrote; acto seguido, éste arrastró al muerto hasta unos arbustos, donde lo escondió. Luego, nos agachamos para que no nos viese y nos fuimos.

En fin, fue espantoso. Al oír esta declaración, a todo el mundo se le heló la sangre y la sala estaba tan silenciosa mientras hablaba, que parecía que estuviese vacía. Cuando acabó, la gente empezó a dar gritos ahogados, a suspirar y a mirarse unos a otros, como diciendo: «¡Es horrible! ¡Es espeluznante!».

Entonces, ocurrió algo que me dejó perplejo. Cuando los primeros testigos estaban dando pruebas de la enemistad, de las amenazas y de todo eso, Tom Sawyer estaba con las orejas bien abiertas, listo para el ataque. Cuando acabaron, fue a por ellos e hizo todo lo que pudo por demostrar que mentían y por descalificar sus testimonios. Sin embargo, ahora, había cambiado totalmente de actitud. Cuando Lem empezó a declarar y no mencionó que había estado hablando con Júpiter y que le había pedido que le dejase un perro, Tom estaba muy atento y dispuesto para el ataque. Se veía que estaba esperando la ocasión para acribillarlo a preguntas. Pensé que subiríamos los dos al estrado enseguida y contaríamos todo lo que dijeron él y Jim Lane aquel día. Pero cuando volví a mirar a Tom, me estremecí. Estaba completamente en la luna, a kilómetros de distancia. No escuchaba ni una palabra de lo que decía Lem Beebe y, cuando éste acabó, seguía en la luna. Nuestro abogado lo sacudió ligeramente y Tom alzó la vista asustado y dijo:

—Interroga al testigo si quieres y déjame tranquilo: quiero pensar.

Bueno, aquello me sentó como una bofetada. No lo entendía. Y Benny y su madre... Se veían tan afligidas. Se levantaron un poco el velo e intentaron cruzarse la mirada con él, igual que yo, pero fue inútil. Así que, el abogaducho empezó a abordar al testigo, pero no consiguió más que crear confusión.

Entonces, llamaron a Jim Lane, que narró exactamente la misma historia. Tom no lo escuchó en ningún momento; permaneció pensativo, a kilómetros y kilómetros de distancia. Así que, el abogaducho atacó él solo y el resultado fue tan decepcionante como antes. El fiscal parecía muy satisfecho, pero el juez estaba molesto. Como veis, Tom desempeñaba casi la función de un auténtico abogado, porque la ley de Arkansas

permite al acusado escoger a quien quiera para ayudar a su abogado y Tom le insistió a tío Silas para que le dejase participar en el caso. Sin embargo, Tom estaba ahora echándolo todo a perder y se veía que el juez no estaba muy contento.

Todo lo que el abogaducho sacó de Lem y Jim fue lo siguiente:

—¿Por qué no contaron lo que habían visto? —interrogó el defensor.

—Teníamos miedo de que nos implicaran en el asunto. Además, teníamos planeado ir de caza por las proximidades del río durante toda la semana; pero cuando regresamos, nos enteramos de que la gente había estado buscando el cadáver y fuimos a explicárselo todo a Brace Dunlap.

—¿Cuándo sucedió eso?

—El sábado, 9 de septiembre, por la noche. El juez, alzando la voz, dijo:

—Comisario, arreste a estos dos testigos como sospechosos de encubrir un asesinato. El fiscal saltó de su asiento, exaltado, y exclamó:

—Su Señoría, protesto por este...

—¡Siéntese! —ordenó el juez, sacando el mazo y dejándolo sobre la mesa—. Le ruego que muestre más respeto por este tribunal.

Así lo hizo. Entonces, llamó a Bill Withers.

Bill Withers, bajo juramento, declaró lo siguiente:

—El sábado, 2 de septiembre, al anochecer, pasaba por las tierras del acusado con mi hermano Jack y vimos a un hombre que cargaba algo pesado a sus espaldas. Creímos que era un negro que estaba robando maíz; no lo veíamos bien; después, nos dimos cuenta de que era un hombre que cargaba con otro. Por la manera en que colgaba, como inerte, pensamos que era un borracho y, por la forma de andar del hombre, pensamos que era Parson Silas. Nos imaginamos que había encontrado a Sam Cooper borracho en la carretera, un hombre al que siempre intentaba reformar. Pensamos que le estaba llevando a su casa.

La gente se estremecía al pensar en el pobre tío Silas cargando con el muerto hasta su plantación de tabaco, en donde el perro encontró el cadáver, pero sus rostros no mostraban demasiada simpatía y oí a un tipo que decía:

—¡Es el asesinato más escalofriante que he oído nunca! ¡Llevar a un hombre muerto por ahí, de esa manera, y enterrarlo como a un animal! ¡Y para colmo, es predicador!

Tom siguió reflexionando, sin escuchar. Nuestro abogado hizo todo lo que pudo con el testigo, con un resultado bastante pobre.

A continuación, Jack Withers subió al estrado y contó la misma historia que Bill. Después de él, le tocó el turno a Brace Dunlap, que estaba muy afectado, casi

llorando.

La gente empezó a murmurar y se produjo una gran agitación en la sala. Luego, la gente se preparó para escuchar y muchas mujeres comentaban: «Pobre hombre, pobre hombre». Muchas de ellas se secaban las lágrimas.

Brace Dunlap, bajo juramento, declaró:

—Hacía tiempo que estaba bastante preocupado por mi pobre hermano, pero no pensaba que las cosas estuviesen tan mal. Se las iba arreglando y nunca se me pasó por la imaginación que alguien tuviese el valor de hacer daño a alguien tan bueno e inofensivo como él; ¿cómo se me iba a ocurrir algo tan inverosímil? Así que, no le presté demasiada atención y, ahora, no podré perdonármelo jamás; si hubiese actuado de otra manera, mi pobre hermano aún estaría aquí y no muerto y enterrado, con lo afable que era...

Se quedó bloqueado en esta frase: había perdido la voz y esperó a que le volviese; la gente se apiadaba de él por sus comentarios y las mujeres lloraban. Todo estaba en silencio y se respiraba un aire solemne. Tío Silas, pobre de él, lanzó un gemido agudo que todo el mundo oyó. Entonces, Brace prosiguió:

—El sábado, 2 de septiembre, no vino a cenar. Me empecé a preocupar y envié a uno de mis negros a casa del acusado, pero volvió diciendo que no estaba allí. Así que, me empecé a poner más y más nervioso. Me metí en la cama, pero no podía dormir. Ya de madrugada, salí fuera y fui a dar un paseo por las tierras del acusado y por otros parajes durante un buen rato, esperando encontrar a mi pobre hermano, sin saber que sus problemas ya habían acabado y que ya estaba en un mundo mejor.

Volvió a quedarse sin voz y, en ese momento, prácticamente todas las mujeres estaban llorando. Enseguida, recuperó el habla y prosiguió:

—Pero fue inútil; así que, al final, volví a casa e intenté descansar un poco, pero no pude. Al cabo de uno o dos días, todo el mundo estaba intranquilo y empezaron a hablar de las amenazas del acusado y lanzaron la idea —que yo no creí— de que habían asesinado a mi hermano. Entonces, se pusieron a buscar su cadáver por todas partes, pero no lo encontraron y lo dejaron correr. Luego, pensé que se habría marchado unos días en busca de un poco de paz y que volvería cuando sus penas hubiesen cicatrizado. Pero el sábado 9, por la noche, ya tarde, Lem Beebe y Jim Lane vinieron a mi casa y me contaron... Me contaron el terrible asesinato, dejándome el corazón destrozado. Entonces, recordé algo en que no había reparado en su momento, porque los informes decían que el acusado era sonámbulo y hacía toda clase de cosas extrañas, sin ser consciente de ellas. Les voy a contar lo que me vino a la memoria. Aquel terrible sábado por la noche, estaba vagando, muy tarde, por las tierras del acusado, muy preocupado. Estaba en un extremo de la plantación de tabaco y oí un sonido, parecido a cuando se está cavando un hoyo en un suelo arenoso. Me acerqué y miré a través de las parras

de la valla y vi al acusado con una pala... Tenía una pala de mango largo y estaba echando tierra a un gran hoyo que estaba ya casi tapado. Estaba de espaldas a mí, pero lo reconocí, a la luz de la luna, por su traje verde con un parche mal cosido en medio de la espalda, como si alguien le hubiese tirado una bola de nieve. ¡Estaba enterrando al hombre al que había asesinado!

En aquel momento, se hundió en la silla sollozando. Casi toda la audiencia empezó a lamentarse, llorando y exclamando: «¡Dios mío, es horrible... horrible... espantoso!».

Entonces, se produjo una tremenda excitación, con un gran barullo. Luego, de repente, tío Silas saltó de su silla, pálido, y declaró:

—Es verdad, todo es verdad... ¡Lo maté a sangre fría!

La audiencia se quedó petrificada. La gente se levantaba, agitada, intentando verlo. Entonces, el juez empezó a golpear la mesa con el mazo y el comisario se puso a gritar:

—¡Orden...! ¡Orden en la sala...! ¡Orden!

Durante todo ese tiempo, el anciano permaneció de pie, temblando y con los ojos encendidos, sin mirar ni a su mujer ni a su hija, que lo agarraban rogándole que no dijese nada más. Él, no obstante, las apartaba con las manos, diciendo que debía pagar por su pecado.

¡Quería deshacerse de esa pesada carga que no podía soportar ni un minuto más! Entonces, explicó, con furia, su versión de la espantosa historia, con todo el mundo mirándole y exclamando: el juez, el jurado, los abogados y el público. Benny y tía Sally lloraban desconsoladamente. Aunque parezca mentira, Tom Sawyer no le miró ni una sola vez. ¡Ni siquiera una! Estaba sentado con la mirada fija en otra cosa; no sabría decir en qué. El hombre continuó rabiando y escupiendo sus palabras, como si fuesen llamaradas:

—¡Yo lo maté! ¡Soy culpable! Pero nunca en mi vida tuve intención de hacerle daño o de perjudicarlo, pese a todas las mentiras sobre mis amenazas, hasta el segundo en que levanté el garrote... Fue entonces que mi corazón se convirtió en una piedra... No tuve compasión y...

¡le golpeé hasta matarlo! En aquel momento, me vinieron a la cabeza todos los agravios que había sufrido por su culpa; todos los insultos que aquel hombre y el sinvergüenza de su hermano, ése de ahí, me habían proferido y cómo se habían aliado para arruinarme a mí y a mi gente; se habían unido para manchar mi nombre y, en definitiva, para destruirme a mí y a mi familia, que nunca les habíamos hecho ningún daño. Y lo hicieron sólo por venganza. ¿Por qué? Porque mi inocente y casta hija que está aquí, a mi lado, no quería casarse con ese cobarde rico, insolente e ignorante de

Brace Dunlap, un hombre que ha estado lloriqueando aquí por un hermano, por el que jamás se había preocupado...

Ví que Tom daba un salto; tenía los ojos iluminados de alegría y parecía estar muy seguro.

—En ese momento que les he descrito, me olvidé de la compasión cristiana y sólo me acordé de la amargura que tenía en el corazón, que Dios se apiade de mí, y le golpeé hasta matarle. Al cabo de un segundo, estaba totalmente arrepentido y lleno de remordimientos; pero pensé en mi familia y creí que debía ocultar lo que había hecho para protegerles; escondí el cadáver entre los matorrales; luego, lo arrastré hasta la plantación de tabaco; y, ya entrada la noche, fui con mi pala y lo enterré donde...

Tom dio un salto y gritó:

—¡Ya lo tengo!

Le hizo un gesto con la mano al anciano, imponente, y exclamó:

—¡Siéntate! Hubo un asesinato, pero tú no tuviste nada que ver.

En aquel momento, se podría haber oído el volar de una mosca. El anciano se hundió

en su asiento, perplejo, sin que tía Sally y Benny se diesen cuenta, porque estaban mirando a Tom asombradas, boquiabiertas y sin saber qué decir... Todo el mundo estaba igual. Nunca he visto a gente tan confundida y desconcertada: todos miraban sin pestañear, con los ojos fuera de las órbitas. Tom preguntó, demostrando una gran tranquilidad:

—¿Puedo hablar, Su Señoría?

—Por el amor de Dios, claro que sí. ¡Adelante! —contestó el juez, tan estupefacto y confundido, que no sabía muy bien lo que se decía.

Entonces, Tom esperó uno o dos minutos, con el objetivo de crear un «efecto», como él dice, y, totalmente sosegado, empezó a decir:

—Hace dos semanas que hay un pequeño cartel pegado en la fachada de este juzgado, un cartel que ofrece una recompensa de dos mil dólares por un par de diamantes que fueron robados en Sant Louis. Esos diamantes están valorados en doce mil dólares. Luego, volveré a ese asunto. Ahora, vayamos al asesinato. Os lo explicaré todo: cómo sucedió, quién lo cometió y todos los detalles.

Ahora, la gente estaba más calmada y empezaba a escuchar, poniendo en ello los cinco sentidos.

—Ese hombre de allí, Brace Dunlap, que ha estado lloriqueando tanto por la muerte de su hermano, por quien ustedes saben perfectamente que él nunca movió ni un dedo, quería casarse con aquella joven, pero ella se negó. Entonces, le dijo a

tío Silas que se lo haría pagar. Tío Silas sabía lo poderoso que era aquel hombre y lo poco que podía hacer, para luchar contra alguien tan importante. Empezó a tener miedo y a preocuparse. Hizo todo lo que pudo para suavizar la situación y para que no le guardase ningún rencor: incluso le dio trabajo al inútil de su hermano Júpiter en la granja, hecho por el cual su familia pasaba privaciones, al objeto de poder pagarle. Júpiter llevaba a cabo todos los planes de su hermano para insultarle, molestarle y preocuparle, e incitaba a tío Silas a que le hiciese daño, para que la gente pensara mal de él. Así fue. Todo el mundo se volvió en su contra y empezaron a decir cosas terribles de él, lo que le destrozó la moral. Sí, y estaba tan preocupado y desasosegado que, a menudo, parecía no estar en su sano juicio. Pues bien, aquel sábado, dos de los testigos aquí presentes, Lem Beebe y Jim Lane, pasaron por donde tío Silas y Júpiter Dunlap estaban trabajando... Eso es lo único cierto que han dicho; el resto son mentiras. No oyeron a tío Silas amenazar de muerte a Júpiter; no oyeron ningún golpe; no vieron a ningún muerto y tampoco vieron a tío Silas escondiendo nada entre los matorrales. Mírenlos ahí sentados, están deseando no haber abierto la boca; se arrepentirán de haberlo hecho, antes de finalizar mi exposición de los hechos.

»Ese mismo sábado por la noche, Bill y Jack Withers vieron a un hombre llevando a otro a rastras. Eso es lo único cierto que han dicho; el resto también son mentiras. En primer lugar, pensaron que era un negro robando el maíz de tío Silas; como veis, ahora se sienten ridículos, al ver que alguien dice esto desde el estrado. Se dieron cuenta enseguida de quién era el que arrastraba a quien y saben, perfectamente, por qué han declarado, bajo juramento, que creyeron que era, por su forma de andar, tío Silas. No era él y lo sabían, cuando mintieron.

»Por otra parte, un hombre vio, a la luz de la luna, cómo enterraban a un muerto en la plantación de tabaco, pero no fue tío Silas quien lo enterró. En ese momento, él estaba en la cama.

»Ahora, antes de proseguir, quiero preguntarles si se han parado a pensar en lo siguiente: la gente, cuando está reflexionando o cuando está preocupada, siempre está haciendo algo con las manos, sin saberlo, y no se da cuenta de lo que hace con ellas.

Algunos se tocan la barbilla; otros, la nariz; otros, se pasan la mano por debajo de la barbilla; otros, le dan vueltas a una cadena y hay también quien se dibuja con el dedo una figura o una letra en la mejilla, debajo de la barbilla o en el labio inferior. Eso es lo que yo hago. Siempre que estoy inquieto, preocupado o reflexionando, dibujo uves mayúsculas en mi mejilla, en el labio inferior o debajo de la barbilla, sólo uves mayúsculas. La mitad de las veces, no soy consciente de ello o no sé que lo hago.

Es curioso. Pero es justo lo que yo estaba haciendo; sólo que yo me dibujaba una letra o. La gente asentía, como diciendo, «es verdad»,

—En fin, prosigamos. Aquel mismo sábado... no, fue la noche anterior..., había un barco de vapor atracado en el embarcadero de Flager, a unos setenta kilómetros al norte de aquí. Había tormenta. Llovía a cántaros. A bordo, había un ladrón que llevaba consigo los dos diamantes referidos en el cartel de la puerta de este juzgado. Saltó a la orilla con su maletín y se adentró en la oscuridad de la tormenta, con la intención de llegar hasta nuestro pueblo y ponerse a salvo. Pero en el barco había dos compinches suyos escondidos, que sabía que lo iban a matar, cuando tuviesen ocasión, para quedarse con los diamantes. El hecho es que los robaron los tres juntos, pero él los cogió y huyó.

»Pues bien, no pasaron ni diez minutos antes de que sus compinches se dieran cuenta; así que saltaron a la orilla y empezaron a perseguirle. Probablemente, vieron sus huellas encendiendo cerillas. En fin, le siguieron la pista durante todo el sábado, pero no pudieron verle. Al anochecer, llegó a los sicomoros que hay en las tierras de tío Silas y, allí, sacó el disfraz de su maletín y se lo puso, para poder ir al pueblo; esto sucedía poco después de que tío Silas hubiese golpeado a Júpiter Dunlap en la cabeza con un garrote, porque le golpeó, eso sí es cierto.

»Cuando los compinches vieron al ladrón adentrarse en los sicomoros, salieron de los matorrales y fueron tras él. Cayeron sobre él y lo golpearon hasta dejarle sin vida. Sí; por mucho que gritase, no tuvieron piedad de él: no pararon hasta matarle. Dos

hombres que iban por la carretera oyeron sus gritos y corrieron hacia los sicomoros, que era hacia donde se dirigían. Cuando los compinches los vieron, huyeron, y los dos recién llegados les persiguieron. Pero sólo durante uno o dos minutos; entonces, aquellos dos hombres volvieron sigilosamente a los sicomoros.

»¿Qué hicieron entonces? Yo os diré lo que hicieron. Habían visto el disfraz que el ladrón había sacado de su maletín, así que uno de ellos se desnudó y se puso el disfraz.

Tom esperó un poco en ese momento, para conseguir más «efecto». Luego, deliberadamente, siguió con la explicación:

—El hombre que se puso el disfraz del muerto era ¡Júpiter Dunlap!

—¡Dios mío! —gritó todo el mundo en la sala. Tío Silas se quedó absolutamente pasmado.

—Sí, era Júpiter Dunlap. No está muerto, como veis. Fue entonces cuando le sacaron las botas al muerto y le pusieron a éste los zapatos viejos y ajados de Júpiter Dunlap; luego, éste se calzó las botas del muerto. Júpiter Dunlap se quedó allí, mientras el otro hombre se llevó el cadáver bajo la luz de la luna. Hacia la medianoche, fue a casa de tío Silas y cogió el traje verde del gancho donde está siempre colgado, en el corredor que hay entre la cocina y la casa, y se lo puso; robó también la pala de mango largo y, luego, se fue hasta la plantación de tabaco y enterró al muerto.

Al llegar a este punto, Tom se detuvo y guardó silencio durante medio minuto. Luego, prosiguió:

—¿Y quién creéis que era el muerto? ¡Era Jake Dunlap, el famoso ladrón!

—¡Dios mío!

—El hombre que lo enterró era... ¡Brace Dunlap, su hermano!

—¡Dios mío!

—¿Y quién creéis que es este idiota rapado que se ha hecho pasar por un forastero sordomudo todas estas semanas? ¡Es Júpiter Dunlap!

Entre el público se produjo una gran algarabía. Nunca en mi vida, había visto una excitación semejante. Tom saltó hasta Júpiter, le sacó las gafas y la barba postiza y... ¡ahí estaba el hombre asesinado; sin lugar a dudas, estaba vivo y muy vivo! Tía Sally y Benny, llorando, empezaron a abrazar y a besar a tío Silas con tanto afán, que éste estaba más confundido y desconcertado que nunca, lo cual es decir mucho. Después, la gente empezó a gritar:

—¡Tom Sawyer! ¡Tom Sawyer! ¡Silencio! ¡Dejad que acabe! ¡Continúa, Tom Sawyer!

Esto le hizo sentir increíblemente importante, ya que para Tom Sawyer ser un personaje público, un «héroe», como él decía, era lo máximo. Así que, cuando todos se callaron, dijo:

—No hay mucho más que decir. Cuando aquel hombre, Brace Dunlap, le había complicado y amargado la vida a tío Silas, hasta hacerle perder la cabeza y golpear con un garrote a ese otro botarate, su hermano, vio la oportunidad de su vida. Júpiter se fue al bosque a esconderse y creo que su plan era irse de la comarca por la noche. Brace, entonces, haría creer a todo el mundo que tío Silas le había matado y escondido su cuerpo. Eso hubiese sido el fin de tío Silas, que hubiese tenido que huir de la comarca o, quizás, morir en la horca; eso no lo sé. Cuando vieron a su hermano muerto, al que no reconocieron, porque estaba desfigurado, tuvieron una idea más brillante todavía: disfrazarse los dos, enterrar a Jake con la ropa de Júpiter y sobornar a Jim Lane, a Bill Withers y a otros, para que mintiesen en el juicio, tal y como han hecho. Y ahí están, sentados ahora. Ya les había avisado que empezarían a ponerse malos, antes de que acabase de hablar; ¡mirad qué caras ponen!

»Yo y Huck Finn, que está ahí, viajábamos en el barco con los ladrones. El asesinado nos lo contó todo sobre los diamantes y nos dijo que los otros lo matarían, si se les presentaba la oportunidad. Nosotros le dijimos que lo ayudaríamos siempre que pudiésemos. Nos dirigíamos a los sicomoros, cuando oímos cómo lo mataban. Por la mañana temprano, después de la tormenta, volvimos al lugar y pensamos que, en realidad, no había habido ningún asesinato. Cuando vimos a Júpiter Dunlap por ahí, disfrazado, tal y como Jake nos explicó que haría, pensamos que era el mismo Jake; además, se hacía pasar por sordomudo, tal y como Jake nos había contado que haría.

»Huck y yo seguimos buscando el cadáver, después que todo el mundo abandonase la búsqueda y lo encontramos. Estábamos muy orgullosos; pero tío Silas nos horrorizó al decirnos que había sido él quien había matado a Júpiter. Nos arrepentimos de haber encontrado al muerto y nos vimos obligados a salvarle el cuello a tío Silas, haciendo

todo lo que estuviese en nuestras manos; iba a ser una tarea difícil, porque él no quería que lo sacásemos de la cárcel, tal y como hicimos con el negro Jim.

»Estuve todo el mes dándole vueltas a la cabeza, para encontrar alguna manera de salvar a tío Silas, pero no se me ocurría nada. Así que, cuando veníamos hacia el juzgado esta mañana, no tenía ningún plan y tampoco veía ninguna posible salida. Pero, al poco rato, vi algo que me hizo pensar, sólo un pequeño detalle, algo que tampoco era suficiente para asegurar nada. Fue algo que me hizo pensar mucho y observar. Al cabo de un rato, cuando estuve lo bastante seguro y cuando tío Silas estaba confesando que había matado a Júpiter Dunlap, he vuelto a observar lo mismo y, esta vez, me he levantado exaltado y me he saltado las formalidades, porque sabía que Júpiter Dunlap estaba sentado delante de mí. Le reconocí por algo que le había visto hacer y que recordaba perfectamente. Se lo vi hacer cuando estuve aquí hace un año.

Entonces, se detuvo durante un minuto, para crear otro «efecto». Tom sabía perfectamente lo que hacía. Luego, se giró como si fuese a bajar del estrado y dijo con indiferencia:

—Bueno, creo que eso es todo.

Se produjo un barullo increíble. Todo el mundo exclamaba:

—¿Qué es lo que le viste hacer? ¡No te muevas de ahí, niño del demonio! ¿Nos vas a dejar ahora con tres palmos de narices? ¿Qué es lo que hizo?

Toda aquella representación la hizo tan sólo para crear expectación. No hubiese bajado del estrado por nada del mundo.

—Bueno, en realidad, no hizo nada demasiado especial. Ví que se ponía un poco nervioso, cuando tío Silas se estaba condenando a la horca, por un asesinato que no había cometido. Cada segundo que pasaba, estaba más inquieto y preocupado. Yo lo miraba disimuladamente, con el rabillo del ojo. De repente, empezó a mover las manos y, al poco rato, alzó la mano izquierda y, con el dedo, empezó a dibujarse una cruz en la mejilla: ¡fue entonces cuando supe que era él!

Poco después, empezaron a aclamar a Tom Sawyer, dando taconazos y aplaudiendo, hasta que éste estaba tan orgulloso y tan feliz, que ya no sabía qué hacer.

El juez, mirando la mesa, le preguntó:

—Hijo mío, ¿has visto todos los detalles de esta extraña y trágica conspiración que nos has descrito?

—No, Señoría, no he visto ninguno.

—¡No has visto ninguno! Sin embargo, has contado la historia, como si la hubieses visto con tus propios ojos. ¿Cómo es posible?

Tom, tranquilamente, le respondió:

—He puesto sobre la mesa los hechos y he atado los cabos sueltos, Su Señoría; sólo ha sido una pequeña labor de detective. Cualquiera podría haber hecho lo mismo.

—¡Nada de eso! Ni una persona de cada millón podría haberlo hecho. Eres un chico muy inteligente.

Hubo silencio y la audiencia volvió a ovacionarle. Él..., en fin, no hubiese cambiado aquello ni por todo el oro del mundo. Luego, el juez le inquirió:

—¿Estás seguro de que esta historia es cierta?

—Totalmente, Su Señoría. Ahí está Brace Dunlap. Dejémosle que niegue la parte que ha tenido en la historia, si así lo desea. Le haré arrepentirse de todo lo que ha dicho o de lo que mienta para salvarse. Bueno, ya ve que está muy callado. También guardan silencio su hermano y los cuatro testigos que fueron sobornados para mentir. En cuanto a tío Silas, más vale que no vuelva a meter la cucharada, ¡no le creería, ni bajo juramento!

Tras esas palabras, la gente se puso a reír como loca; incluso el juez perdió la compostura y soltó una carcajada. Tom se sentía como en el paraíso.

Cuando pararon de reír, alzó la mirada hacia el juez y le dijo:

—Su Señoría, hay un ladrón en esta sala.

—¿Un ladrón?

—Sí, Señoría. Y lleva encima aquellos diamantes que están valorados en doce mil dólares.

Se produjo una gran agitación. Todo el mundo empezó a gritar:

—¿Quién es? ¿Quién es? ¡Señálalo! El juez se dirigió a Tom:

—Señálalo con el dedo, hijo. Comisario, usted arréstelo. ¿Quién es?

—Es ese hombre que está sentado allí, el último: Júpiter Dunlap.

Se produjo, de nuevo, un gran revuelo. Júpiter, ya antes bastante sorprendido, estaba ahora totalmente perplejo. Casi llorando, murmuró:

—Eso es mentira. No es justo, Su Señoría; ya soy lo bastante culpable como para

que encima me achaquen también eso. Hice todo lo demás: Brace me incitó a hacerlo y me prometió mucho dinero; por eso lo hice, y me arrepiento. Ojalá, no lo hubiera hecho; pero, yo no he robado ningún diamante y, si no es así, que me parta un rayo ahora mismo. Que el comisario me registre, si quiere.

Tom, inmediatamente, aclaró el asunto:

—Su Señoría, quizás no he sido justo llamándole ladrón. Les voy a explicar por qué. Él robó los diamantes, pero sin saberlo. Se los robó a su hermano Jake que yacía muerto, después de que éste se los robara a los otros dos ladrones. Júpiter no lo sabe, pero ha estado llevando los diamantes durante un mes. Sí, lleva encima doce mil dólares en diamantes. Es así de rico. Iba con ellos cada día como un pobretón. Sí, Señoría, ahora mismo, los lleva encima.

Levantando la voz, el juez ordenó:

—Comisario, regístrelo.

El comisario lo registró de arriba abajo. Buscó en el sombrero, en los calcetines, en las costuras, en las botas, en fin, por todas partes. Tom, mientras, permanecía callado, intentando crear otro de sus «efectos». Finalmente, el comisario lo dejó estar y todo el mundo se quedó muy decepcionado. Júpiter, entonces, dijo:

—¿Lo ven? ¿Qué les he dicho? El juez añadió:

—Parece que, esta vez, te has equivocado, chico.

Tom, entonces, empezó a fingir que reflexionaba profundamente, rascándose la cabeza. De repente, alzó la mirada, muy contento, y declaró:

—¡Ah, ya sé! Se me había olvidado.

Aquello era mentira y yo lo sabía. Entonces, dijo:

—¿Alguien tendría la amabilidad de prestarme un destornillador? Había uno en el maletín de su hermano que usted se llevó, Júpiter, pero no creo que lo haya traído.

—No, no lo he traído. No lo quería para nada y lo dejé allí.

—Eso es porque no sabía para qué era.

Júpiter se había vuelto a calzar las botas y, mientras un destornillador iba pasando de mano en mano hasta Tom, éste le dijo a Júpiter:

—Ponga el pie encima de esta silla.

Tom se arrodilló y empezó a destornillar la placa del tacón, ante las miradas de todos. Cuando sacó aquel enorme diamante del tacón de la bota y lo alzó con la mano, dejando que la luz del sol lo hiciese brillar y centellear, todo el mundo se quedó pasmado. Júpiter se sintió tan estúpido y arrepentido, que daba pena verle. Luego, cuando Tom alzó el otro diamante, Júpiter se sintió peor que nunca. Seguramente, estaba pensando en que se podría haber marchado y hecho rico e influyente en otras tierras, si hubiera adivinado para qué había un destornillador en el maletín.

En fin, fue un momento muy emocionante. Tom saboreó las mieles de la gloria. El juez cogió los diamantes, se levantó, carraspeó, se subió las gafas a la frente y declaró:

—Me los quedaré para notificar su aparición a los propietarios. Cuando los vengan a recuperar, será para mí un gran placer entregarte los dos mil dólares, ya que te los has ganado... Sí, además, te has ganado el agradecimiento más sincero de esta comunidad, por sacar a una familia inocente de la perdición y de la vergüenza, y por salvar a un hombre bueno y honrado de una muerte terrible. Además, ¡has puesto en manos de la ley a un canalla odioso y depravado, y a sus miserables cómplices!

Si hubiese estado presente una orquesta, habría sido el momento más perfecto que haya vivido nunca. Tom Sawyer opinaba lo mismo.

El comisario arrestó a Brace Dunlap y a su gente. Al mes siguiente, el juez los llevó a juicio y los hizo encarcelar a todos. Todo el mundo volvió a asistir a misa en la pequeña parroquia de tío Silas, y fueron muy amables y cariñosos con él y con su familia, desviviéndose por ellos. Tío Silas pronunciaba los sermones más insoportables, embrollados y estúpidos que jamás se hayan oído, unos sermones de los cuales salías tan mareado, que parecía que no fueses ni a encontrar tu propia casa, a plena luz del día. La gente, sin embargo, consideraba que eran los sermones más claros, brillantes y refinados del mundo; así que, se sentaban allí y lloraban, de compasión y de pena; a mí, no obstante, me ponían los pelos de

punta y me martillaban el cerebro. En cualquier caso, a la gente le encantaba volver a ver al anciano en su sano juicio. Estaba más lúcido que nunca y no es ninguna exageración, os lo aseguro. La familia entera volvió a ser dichosa y todo el mundo le estaba muy agradecido a Tom Sawyer. Le dispensaban mil atenciones; conmigo, que no había hecho nada, se comportaban de la misma manera. Cuando llegaron los dos mil dólares, Tom me dio la mitad, pero no se lo dijo a nadie, lo cual no me sorprendió, porque sabía como era.

FIN